

ERROR 404 NOT FOUND

MAGDALENA BARRAZA SEPÚLVEDA



1^{er} LUGAR
NOVELA
VIII CONCURSO LITERARIO
CEMENTERIO
METROPOLITANO
2023

Aguja Literaria



PRIMERA EDICIÓN

Febrero 2024

Editado por Aguja Literaria
Noruega 6655, dpto 132
Las Condes - Santiago - Chile
Fono fijo: +56 227896753
E-Mail: contacto@agujaliteraria.com
Sitio web: www.agujaliteraria.com
Facebook: Aguja Literaria
Instagram: @agujaliteraria

ISBN: 9789564091174

DERECHOS RESERVADOS

Nº inscripción: 2024-A-890

Magdalena Barraza Sepúlveda

Error 404 not found

Queda rigurosamente prohibida sin la autorización escrita del autor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático

Los contenidos de los textos editados por Aguja Literaria son de la exclusiva responsabilidad de sus autores y no necesariamente representan el pensamiento de la Agencia

TAPAS

Diseño: Constanza Andrea Riffo Pacheco

ÍNDICE

LA RADIO ES MÁS FUERTE QUE LA ESPADA

QUIEN NO ARRIESGA NO GANA

EL PINGÜINO CONTRAATAACA

LA TRISTEZA INFINITA

NOS DESPEDIMOS CON UN EPISODIO FINAL

FUE LINDO MIENTRAS DURÓ

AGRADECIMIENTOS

A mi mamá, preciosa de mi corazón,
por nunca rendirse conmigo.

La radio es más fuerte que la espada

El Liceo Aconcagua de Excelencia siempre daba de qué hablar en la ciudad de San Felipe. La mayoría de los padres actuales habían estudiado allí, pues era el colegio municipal más antiguo de la comuna. Su momento de mayor popularidad fue cuando, en un año, dos estudiantes consiguieron ser puntaje nacional en la PSU, sorprendiendo a todos, ya que la institución nunca se había distinguido por sus resultados académicos. Sin embargo, fue aún más sorprendente cuando el director del colegio anunció que, debido a los puntajes obtenidos, iban a implementar un examen de admisión para los nuevos postulantes.

Siempre me causó gracia el alboroto que intentaron crear en el colegio por los resultados de esos chicos; en todos los años que llevaba estudiando en el Liceo de Aconcagua, jamás me había parecido un lugar distinguido, mucho menos de excelencia, como resaltaba en su nombre. Por el contrario, me parecía un lugar aburrido, con profesores a quienes les importaba poco y nada enseñar, con inspectores que recorrían los pasillos como perros buscando una presa.

Era el año dos mil doce y, a pesar de todos estos cambios, no veía que algo fuera a ser diferente en mi vida. Acababa de pasar a primero medio y no tenía mayores preocupaciones que escuchar a los profesores hablar sobre la importancia de todas nuestras notas y que debíamos empezar a reflexionar sobre qué queríamos ser en la vida. Como si no fuera suficiente molesto escuchar esa odiosa frase en boca de nuestros padres, ahora teníamos que aguantarla de los profesores.

Nunca me gustó llamar la atención, era callada y con poca personalidad, o al menos eso decía mi mamá. Creo que tal vez eso influyó en que nunca sospecharan de mí, al menos hasta el final. Después de todo, ante los ojos del resto, solo era una chica tímida que no tenía algo interesante que decir. Claro que no tenían idea de lo equivocados que estaban, pero pronto todos iban a estar sorprendidos, incluyéndome.

Una mañana de septiembre, en la asignatura de Artes, nos estaban haciendo decorar el salón con papeles de lustre. Teníamos que hacer formas de copihues o banderas de Chile en honor al Día de la Independencia. Era uno de esos momentos en el colegio donde el profesor a cargo no solía hacer mucho, y todos los alumnos podíamos hablar y jugar sin miedo a ser castigados. Mis amigos, Nicole y Oliver, conversaban animados sobre quién estaba haciendo el copihue más deforme, mientras yo veía por la ventana con la mirada perdida.

Me encontraba frustrada porque había pasado gran parte de la noche tratando de avanzar con mi novela, una historia que llevaba un par de semanas construyendo, pero cada vez que intentaba plasmarla en papel, las ideas simplemente no fluían. Solía llevar una pequeña libreta en la mochila por si la inspiración para escribir me sorprendía. Sin embargo, bien podría decirse que la llevaba de adorno, ya que todas sus páginas estaban en blanco. Esto me frustraba, en especial porque uno de mis sueños era convertirme en escritora. Desde hacía años, había desarrollado un gusto por plasmar ideas en papel y desde entonces no había parado. Siempre escribía historias que compartía con mis amigos. A veces las publicaba en Facebook, lo que me permitía que jóvenes de otras ciudades leyeran mis obras, sin embargo, llevaba como una semana en que no había escrito; las palabras no salían.

En el patio del colegio, un grupo de estudiantes llamó mi atención. Estaban formando un círculo y una chica en el centro parecía estar dando un discurso. A pesar de la distancia, los reconocí enseguida, eran del centro de estudiantes. Lo supe porque justo al medio del grupo

estaba Andrea Riffo, la presidenta. También sabía perfecto lo que hacía y no pude más que suspirar y negar con la cabeza. Le había dicho que no debía meterse en problemas, pero la linda nunca me hacía caso. Casi sentí una pequeña satisfacción cuando vi acercarse al inspector, sin embargo, me arrepentí enseguida al ver que caminaba con su actitud de tipo malo. Ese sujeto era una de las personas más temibles que había conocido, se llamaba Juan y su sola presencia infundía miedo. Supongo que era precisamente la razón por la que lo habían contratado, para asustar a los estudiantes y evitar que quebrantaran las reglas. Tenía unos cuarenta años y nos trataba como animales. Dado que era la mano derecha del director, tenía su propia oficina a la que llamábamos la "cámara de tortura", porque allí iban los alumnos castigados por los profesores. Se contaban las peores historias sobre ese lugar, desde abusos físicos hasta psicológicos. Incluso corrían rumores de abusos más graves, aunque hasta ese momento nunca se había presentado denuncia al respecto; era más una leyenda urbana.

Minutos después, estábamos varios pegados a las ventanas para observar lo que sucedía. Juan había comenzado a gritarle a los chicos para que despejaran el lugar, mientras se dirigía hacia Andrea. Si un hombre tan amenazante como él se me hubiera acercado de esa manera, me habría encogido en posición fetal, esperando que de alguna forma todo se solucionara, pero ella se mantuvo firme y comenzó a decirle algo que no pude escuchar. Los demás estudiantes del Consejo estaban atentos a todo lo que sucedía, incluso aplaudían algunas de las palabras que pronunciaba su presidenta. En ese momento, nadie se dio cuenta de que algunos de los compañeros de Andrea habían escapado antes de que los pudiera alcanzar el inspector. Nadie, excepto yo, porque sabía bien el plan de mi amiga; no les quité el ojo de encima a ese pequeño grupo hasta que desaparecieron en el edificio.

El Liceo de Aconcagua consistía en un edificio con forma rectangular de tres pisos, que albergaba todas las aulas. También tenía dos patios; uno era el espacio recreativo, con el suelo de cemento, algunas bancas y un pequeño quiosco en que todos luchaban por comprar algo en los recreos. Además, se encontraban pequeñas oficinas que funcionaban como la sala de computación, la librería y la enfermería. En el otro patio había una pequeña cancha de fútbol de cemento, estanterías para sentarse y el resto estaba cubierto de tierra; también las duchas y el comedor estaban en ese lado, aunque fue una mala decisión haberlas ubicado allí, ya que solían estar llenas de polvo. En la parte delantera del colegio se encontraban dos oficinas; una, un poco más pequeña, pertenecía al inspector, y la otra, mucho más grande, era del director, Luis Flores. Asimismo, uno de los lugares preferidos de los estudiantes era la azotea; por alguna razón que no entendía, esa puerta siempre se mantenía abierta, y algunos alumnos tenían la costumbre de ir a fumar allí. Por eso no me sorprendió cuando comenzaron a caer papeles desde allí.

Cuando sonó el timbre que anunciaba el término de las clases, todavía había papeles esparcidos en algunas partes de ambos patios. El director se había enojado tanto que obligó a los involucrados a limpiar el desorden, además de cambiar su matrícula a condicional. Esto significaba que, si volvían a meterse en un problema, por más pequeño que fuera, serían expulsados. Todos lo supimos porque el inspector pasó por cada salón de clases informando, con el fin de disuadir cualquier otro tipo de conducta similar. A pesar de la prohibición de leer el contenido de esos papeles, hubo muchos de mis compañeros, como Mauricio y Loreto, que los escondieron en sus mochilas. A mí me daba miedo que me descubrieran, así que ni siquiera pensé en desobedecer, tampoco es que me hubiera hecho falta. Cuando llegué a mi casa, ahí estaba Andrea con uno de esos papeles en la mano y una gran sonrisa en su rostro.

—Te traje una entrega especial, Lili—. Su sonrisa no podría haber estado más llena de

satisfacción—. Me imaginé que no recogerías ninguno.

—Obvio que no—. Sostuve el papel en mi mano—. ¿Te das cuenta de que el director los puso a todos como condicional?

—No es para tanto —Andrea trató de quitarle peso al asunto—. Es como las anotaciones negativas, están solo para tratar de asustarte.

Hice un sonido de reproche mientras leía. Era una lista de libros y dónde conseguirlos, además de un mensaje contra la censura y la corrupción. No me sorprendí, ya que al principio del año el Gobierno había aprobado una ley que prohibía ciertos libros en las escuelas, principalmente todo lo que tenía contenido considerado de izquierda, así como algunos libros con ideología LGBT, o así lo llamaron. La parte graciosa es que se reemplazaron esos libros con otros de temática religiosa, según se anunció era para promover la fe en las nuevas generaciones de estudiantes. Supongo que no sabían que las clases de religión se basaban en obligarnos a ver películas. Creo que nunca en toda mi vida me habían pedido leer un libro, excepto la Biblia, por supuesto.

Desde entonces sucedieron muchas protestas contra esa medida, catalogándola de discriminatoria, pero hasta ese momento no se consiguió un cambio. En nuestro colegio, Andrea y su grupo de amigos habían protestado desde el primer día de clases sin obtener algo, por eso optaron por medidas más drásticas. Aunque con sinceridad yo no veía el punto de hacer esto, solo iban a meterse en problemas con el director. Ese hombre era conocido por ser una persona muy estricta, afín a las ideas de derecha, por lo que era improbable que cambiara de opinión respecto a los libros. Aun así, ahí estaba Andrea, tan sonriente como si hubiera ganado el premio de "¿Quién quiere ser millonario?".

—Sabes que el director nunca cambiará de idea respecto a los libros, ¿verdad?

—Ni siquiera cambia de ropa y va a cambiar de idea —se burló mi amiga—. No esperamos nada del Pingüino, esto fue para enviar un mensaje.

No pude evitar que una sonrisa apareciera en mi rostro. Andrea y sus amigos solían llamar al director "el Pingüino," como uno de los villanos de los cómics de Batman. Yo nunca había leído uno de esos, así que no tenía idea si la comparación era acertada, pero me hacía mucha gracia cómo sonaba. Al menos podía asegurar que encajaba en el rol de villano.

—Igual deberías tener cuidado con tus mensajes. No creo que el Pingüino tenga problemas en expulsarte si haces algo más.

—No le tengo miedo, Lili—. La sonrisa de mi amiga se apagó un poco—. Sabes, últimamente he averiguado más sobre la escuela y parece que han pasado cosas muy turbias, este lugar es peor de lo que imaginaba... pero ahora mismo no puedo hacer nada, necesito contar con más información.

Me percaté de que la cortina del living de mi casa se movió sospechosa y tuve la certeza de que mi madre estaba espionándonos, como solía hacer. Odiaba cuando hacía eso, en especial porque le tenía sangre en el ojo a Andrea; siempre me decía que no le gustaba que fuéramos amigas, la veía como una mala influencia para mí y esas cosas típicas de una mamá controladora. Hice una seña a mi amiga para que se diera cuenta de que nos estaban escuchando.

—Algunas cosas nunca cambian—. Suspiró profundo—. Supongo que esto significa que no es un buen momento para hablar del carrete del sábado, ¿verdad?

Una pequeña punzada cruzó por mi corazón. Esa noche nos habíamos reunido con unos amigos y todo anduvo relativamente bien hasta que mis labios y los de ella se encontraron, aún no tengo idea de cómo sucedió. En un momento estábamos riéndonos por un chiste estúpido que

ni siquiera recuerdo, y al siguiente me encontraba teniendo mi primer beso. No fue como en las películas donde suena música mágica y los protagonistas se miran como si toda su vida hubiera adquirido sentido, pero aun así fue bastante agradable, y feliz me habría pasado el resto de la noche besándome con ella. Sin embargo, uno de sus amigos, César, nos encontró momentos después y ninguna de las dos supo qué hacer, así que todo quedó en eso.

—Sabes que siempre me gusta hablar contigo, pero creo que tienes razón, lo mejor es esperar o de lo contrario mi mamá se va a manifestar a nuestro alrededor y nos hará vivir un momento muy incómodo.

—Por supuesto, además no queremos meternos con los poderes de tu mamá —sonrió Andrea—. Supongo que tenemos una conversación pendiente.

—Estaré esperando ese momento —dije sonrojada.

Ella se acercó y me dio un beso en la mejilla a modo de despedida. Entré a mi casa con su sonrisa pegada en mi mente y con mi nivel de confusión sobrepasando los mil puntos porque en realidad no entendía nada. Sabía que existían personas que salían con gente de su mismo sexo, pero yo jamás había conocido a alguien así, mucho menos me había planteado ser una de ellas. Al menos en mi ciudad jamás se veía a gente gay o lesbiana, solo a personas heterosexuales; lo más cercano a algo diferente eran unas travestis que trabajaban en un pub llamado “Divinas”. Una sola vez pasamos con mi mamá cerca de ese lugar y me dijo que nunca debía entrar allí porque esas personas tenían una enfermedad mental, así que hablar con ella sobre lo que me estaba pasando quedaba completamente descartado. Por supuesto que, cuando entré a mi casa, ella me dio su típico discurso de que no le caía bien mi amiga, que era una mala influencia para mí, y todas esas cosas. Lo más divertido era cuando mencionaba las peores características de Andrea (según ella), que eran el no comportarse como una señorita y usar ropa de hombre, todo porque tenía el pelo corto y le gustaba vestir suéteres anchos. Al final, logré evitar el tema con la excusa de terminar un trabajo para mi clase de Historia, una tarea que era real, pero que en definitiva no me iba a poner a hacer.

Saqué mi libreta de la mochila y me quedé mirando su horrible página en blanco. No podía haber nada más aterrador para alguien que soñaba con convertirse en escritora. Redacté un par de ideas generales, aunque en el fondo sabía que las iba a desechar. Estuve gruñendo y enojándome conmigo misma durante media hora hasta que tiré la toalla y entré en Facebook, donde, para mi sorpresa, estaban muchos de los chicos de mi colegio discutiendo. En la página del consejo escolar habían subido el contenido de los papeles que habían entregado y daban enlaces para descargar algunos de los libros en formato digital. Los alumnos del Primero Medio A, liderados por Fernanda Ritz, una chica que odiaba con toda mi alma, comentaban que esta no era la forma de protestar, además de estar muy enojados con Andrea y los otros chicos del consejo por no enfocarse en otros asuntos mucho más importantes, aunque en ningún comentario se mencionaba sobre qué era eso “tan importante”. Ni siquiera pensé en meterme en la discusión; era muy tímida para hablar en público y eso incluía la bandeja de comentarios de Facebook. Me disponía a cerrar la página cuando recibí un mensaje de mi amigo Oliver. Solo tenía escrito el enlace a una página a la que entré por simple curiosidad. Sin embargo, no entendí nada, estaba todo en inglés. En el centro de la pantalla se veía un dibujo de una radio muy grande, así que asumí que era para poder escuchar música. Después de unos intentos inútiles de hacerla funcionar, apagué todo y me fui a leer una novela de fantasía, mi viejo refugio para evadirme de la realidad. En los días siguientes, Oliver me explicó lo que buscaba hacer con esa página. Se utilizaba para crear una radio en línea. Transmitías música o lo que quisieras y podías enviar un enlace de escucha a tus oyentes. El

servicio que ofrecía esta red era anónimo, así que tenías que enviar el enlace cada vez que usabas la radio, lo que me parecía muy poco conveniente.

—Es mejor así, Lili —trataba de convencerme—. También tengo descargados programas de edición y puedo hacer que nuestras voces suenen diferentes. Podríamos usar la radio para hablar de cualquier cosa.

No pude evitar poner los ojos en blanco. Entendía de dónde venía todo esto; mi amigo Oliver era un chico fascinado por las computadoras y las teorías de conspiración, extraterrestres, demonios y no sé qué más. Dentro de todo, una de las cosas que más le interesaban era la organización Anonymous, así que podía comprender su interés en la radio, pero seguía encontrándole poco sentido.

—Tú sabes que me da vergüenza hablar en público, Oliver—. Miré a mi amiga Nicole en busca de apoyo, pero extrañamente se veía sonriente.

—Yo vi el programa que tiene Oliver —agregó—, de verdad no se sabe quién está hablando porque la voz suena como robótica. Igual sería entretenido; podríamos decir que los profesores son una mierda y hacer el ranking de los peores.

—¡Sí! —se emocionó de inmediato—. También podríamos revelar los secretos de la escuela y poner algo de buena música.

No quise preguntar a qué secretos se refería, pero de alguna manera me habían contagiado su ánimo. Después de todo, lo más probable es que no dijera nada. Podía quedarme atrás riéndome de las tonterías que dirían mis amigos.

Nos pasamos el resto del día organizando todo lo necesario para nuestra primera emisión. Como teníamos que enviar el enlace a los oyentes, mi idea era pedírselo a Loreto Poblete, la presidenta del curso, pues tenía los correos de todos para enviar información de las clases y otras cosas. Claro que Oliver se negó rotundamente, diciendo que sería obvio que nosotros éramos los de la radio y la idea era permanecer anónimos. Debido a esto, llevamos a cabo uno de los peores planes en la historia de la humanidad, el cual consistió en que yo debía distraer a Loreto mientras mis amigos buscaban la lista de correos en sus cuadernos. La parte de verdad humillante fue mi excusa para acercarme a ella, lo único que se me vino a la cabeza fue pedirle consejos para bailar cueca. Imaginé que no despertaría muchas sospechas porque estábamos en septiembre; lo que no esperaba era que me hiciera bailar junto a ella para poder enseñarme mejor. Si bien debí verme muy tonta, dado que se me pusieron las mejillas rojas, como sucedía siempre que tenía vergüenza, de alguna forma todo funcionó, incluso aprendí un poquito de cueca.

Oliver, que tenía el mejor teléfono de los tres, le sacó una foto a la lista y así conseguimos una base de posibles oyentes. Después fuimos directo a su casa a instalar todo lo necesario. Aunque yo no tenía muchas ganas de participar hablando, me divertí mucho armando los equipos. Creé un correo para la radio y envié el enlace de nuestro primer episodio a todos los contactos que habíamos conseguido. Mis amigos se pusieron unos audífonos que tenían micrófonos; no parecían la gran cosa, sin embargo, con el programa de voz que tenía Oliver, sus voces sonaban como robóticas. Me parecía muy difícil que alguien pudiera descubrir su identidad escuchándolos. Obviamente, nuestro primer episodio fue un desastre; no teníamos una pauta ni un tema en específico más allá de las ideas que habíamos dejado en el aire. Básicamente, la media hora de programa se basó en hablar sobre anime, juegos y algo de teoría conspirativa. A pesar de lo ridículo que fue todo, no recuerdo otro día en que me reí tanto como aquella vez. No opiné de los temas, pero cuando se despedían, Nicole me pasó el micrófono para que dijera adiós, así que al menos aporté con eso al final.

Nos pasamos el resto de la tarde esperando alguna reacción, cada episodio quedaba guardado en la página por veinticuatro horas y contaba con una bandeja de comentarios. Sin embargo, nadie opinó al respecto, algo que tampoco nos importó. La habíamos pasado tan bien que estábamos pensando en algún tema para el próximo episodio. Lo más gracioso es que solo cuando terminamos la primera transmisión nos dimos cuenta de que no teníamos un nombre. No podíamos decidirnos, así que Oliver trató de abrir Google para buscar algo original; no obstante, sucedió un error con la red y nos seguía arrojando el título: "Error 404 not found". Oliver nos contó que eso era un código que aparecía en pantalla cuando sucedía un error y no se podía ubicar la página adecuada. En ese momento tuve una idea y les dije que ese debería ser el nombre, después de todo, si queríamos mantenernos anónimos, ese código de error podía ser el título perfecto. Se quedaron en silencio por un rato, sopesando la idea; creía que no les había gustado, no obstante, sorprendentemente les encantó. No dejaron de decir que era el nombre perfecto.

El resto de la semana nos la pasamos planeando cómo mejorar nuestra radio. Por suerte, no teníamos mucho que hacer en clases porque el viernes era dieciocho de septiembre y la tarea más importante era decorar la sala. Nunca sabría por qué, si ni siquiera íbamos a pasar la festividad allí, pero se tenía que hacer. De todas maneras, usamos el tiempo en decidir el contenido de lo que queríamos hablar. Incluso llegué a hacer una pauta para que tuvieran un poco de orden sobre cómo hablar las cosas y no se sintiera todo tan revuelto. No la siguieron al pie de la letra en el segundo episodio ni en el tercero; sin embargo, de a poco los chicos comenzaron a organizarse más y sus comentarios sonaban algo más estructurados, aunque seguían hablando tonterías, era lo de menos.

Para echar a andar la radio, todos teníamos una función específica. Nicole siempre había sido buena para vender cosas de manera ilegal; bueno, quizá esa era una palabra muy fuerte, pero desde pequeña iba al colegio con una bolsa de dulces, galletas, bebidas y otras cosas en la mochila para vender. Así fue cómo se hizo conocida en casi todos los cursos del colegio y, luego de una rápida búsqueda en Facebook, tenía nuevos posibles oyentes. Asimismo, se encargaba de dejar escrito el enlace de nuestros episodios en las paredes, baños y sillas del patio. A pesar de llevar un par de transmisiones, todavía no contábamos con comentarios, nuestra teoría era que necesitábamos llegar a más gente. Por eso, cada correo nuevo que conseguíamos lo considerábamos una victoria.

Por otro lado, Oliver se encargaba de mantener todos los programas y equipos en orden. Por ejemplo, consiguió encontrar uno para las voces que funcionaba mucho mejor que el primero, que si bien era bueno, nos hacía sonar como dos voces de robots sin ningún tipo de identidad. A la larga, podía ser muy aburrido escuchar aquello. Con esta nueva herramienta, uno podía darse cuenta si hablaba un hombre o una mujer, aunque se distorsionaba a tal punto que nadie nos podría haber reconocido.

Por mi parte, escribía las pautas a mis amigos, ordenaba los temas, me aseguraba de moderar cuando uno de los dos se estuviera pasando mucho de su tiempo y no dejara hablar al otro. También andaba con un cuaderno en el que anotaba las cosas que debíamos ir mejorando para la siguiente ocasión. Me sentía como la ayudante de un programa de televisión.

Otro aspecto que mejoramos fueron nuestros nombres. Como la idea era ser lo más anónimos posibles, optamos por elegir letras. Nicole era H, Oliver Z, y yo F. Hasta entonces, yo no había participado más que en las despedidas, pero mis amigos solían mencionar que tenían a

alguien detrás que era parte del equipo, así que consideraron apropiado que tuviera mi letra. No me negué.

Celebramos como si hubiéramos ganado la Copa Mundial de Fútbol cuando alguien nos comentó en un episodio. Solo puso un emoticón, pero se sintió genial. Según las estadísticas de la página, teníamos una media de cien escuchas por episodio, lo que para nosotros se sentía como cien millones. Continuamos haciendo dos o tres transmisiones a la semana hasta que llegó octubre y las clases una vez más se pusieron difíciles. Entonces, tuvimos que restringirnos a solo un episodio a la semana para tener más tiempo para estudiar.

Todo transcurría con normalidad hasta que un día escuchamos a Juan gritar como un maniático, algo que no era inusual en él, pero sí me preocupé porque escuché el nombre de Andrea de por medio. El profesor nos llamó la atención para su aburrida clase, y en eso quedó todo, excepto para mí que no podía evitar pensar en mi amiga. No habíamos tenido tiempo para hablar de nosotras. Yo estaba ocupada con lo de la radio, y Andrea, por su lado, ocupada con sus obligaciones en el centro de estudiantes. Sin embargo, todavía pensaba mucho en ella, en nuestro beso y en qué podía significar. También me molestaba un poco que no tomara la iniciativa para hablar conmigo. A veces, cuando un chico trataba de invitarme a salir o algo parecido, me era fácil entender sus intenciones conmigo, ellos suelen tomar una postura más directa en el trato. Pero como aquí éramos dos mujeres, creo que ninguna sabía bien cómo actuar.

Me la pasé dentro de mi cabeza por el resto de la clase hasta que sonó el timbre y fui al salón del Cuarto Medio B. No obstante, no encontré a Andrea, tampoco estaba Karen, su mejor amiga. La busqué por el patio y la encontré en un pequeño rincón de la escuela que solía ser algo privado porque contaba con un par de árboles y arbustos que te escondían de la gente. Una que otra vez lo había utilizado de escondite cuando la ansiedad social me sobrepasaba, pero esto era mucho peor que aquella vez. Andrea estaba llorando mientras Karen la abrazaba. Sin pensármelo mucho, me acerqué a ella y la sostuve. No sé cuánto pasó hasta que se calmó, pero para entonces estábamos solas. Su amiga decidió darnos espacio y la mayoría de los estudiantes había retornado a sus clases.

—¡Viejo de mierda! —masculló la chica, con los ojos húmedos—. Odio tanto a ese tipo, nos trata como si fuéramos prisioneros.

—¿Qué te dijo?

—Se pasó de la raya —soltó Andrea, derramando más lágrimas.

Entre sollozos me contó que Juan la había insultado refiriéndose a su papá. Como había dicho antes, San Felipe es una ciudad muy pequeña, al menos lo era cuando yo cursaba allí primero medio, y la gente solía enterarse de todo lo que sucedía. Hacía un par de años, uno de los temas favoritos de las señoras chismosas era Javier Riffo, el padre de mi amiga, un hombre que no hablaba mucho y tenía pinta de serio. Trabajaba en el banco donde manejaba montos importantes de dinero. Un día se descubrió que ciertas irregularidades sucedían en ese lugar, se culpó a cientos de personas, pero cuando se realizó la investigación, todos los datos indicaban que Javier era quien había estado robando pequeños montos de dinero desde hacía años. El caso llegó a salir en las noticias y para la gente chismosa era por lejos lo más interesante que había sucedido en la ciudad. Por supuesto que para Andrea todo eso había sido un infierno. Si bien habían pasado varios años desde ese incidente, todavía le dolía que se lo recordaran. Al menos yo ni siquiera hablaba de su familia porque sabía que ella también tenía problemas con su mamá. No se me ocurría una manera de consolarla en esta situación, así que solo me quedé en silencio, la abracé y la dejé descargar conmigo todas sus frustraciones sobre Juan, el colegio y su familia.

Estuvimos juntas un buen rato, y cuando terminaron las clases, fuimos por nuestras cosas y caminamos sin un destino. Al final nos sentamos en la banca de una plaza, ella se puso a fumar, me ofreció, pero lo rechacé. Odiaba con toda mi alma el olor de los cigarrillos, no obstante, no iba a decírselo ahora que estaba sensible. Traté de sacar un tema simpático de conversación y le hablé de la radio. En un principio, me miró como si le estuviera jugando una broma, pero al percatarse de que iba en serio, sus ojos se abrieron tanto como pudieron. Pude notar que estaba impactada.

—Lo siento, es solo que me sorprende, como eres muy callada...

—La verdad no hablo casi nada. Me encargo de dar apoyo detrás de la radio.

Pude apreciar que me dio una mirada que no conseguí descifrar del todo.

—¿Por qué me miras así?

—Me llamas un poco la atención —murmuró—. Creo que nunca te he escuchado hablar en público, Lili, y es un poco extraño para mí porque estoy segura de que en tu corazón tienes mucho que decir. Eres una de las personas más creativas y lindas que he conocido, sé que tus palabras pueden llegar a mucha gente.

—¿De verdad crees eso? —Podía sentir cómo se me ponía la cara colorada.

—Sí, estaré escuchando el próximo programa por si te dan ganas de participar, así que no te olvides de darme el enlace.

Desde pequeña, nunca me acostumbré a recibir elogios, porque con frecuencia mi mamá me criticaba en casi todo lo que hacía. Sé que no tenía mala intención, pero aun así, escuchar crítica tras crítica cuando eres una niña te afecta al crecer. Usualmente no creía contar con las capacidades para hacerle frente al colegio, a la gente o a la vida en general. Pensaba que me equivocaría y todos se enojarían conmigo, como solía pasar en mi casa. Por eso mismo no supe cómo responder a las palabras de Andrea, así que hice un gesto extraño con mi cara y miré al suelo un rato. Solo cuando llegué a mi casa pensé que tal vez debería haberle dado las gracias.

Seguí pensando en eso los siguientes días hasta que tomé la determinación de participar en el próximo programa. Mis amigos recibieron la noticia como si se tratara de lo mejor que habían escuchado en su vida. Preparamos el tema, que en esta ocasión sería experiencias difíciles en el colegio. No sé si tenía mucho que aportar al respecto, sin embargo, por último me podía inventar algo; tampoco es que me fueran a poner a prueba. Arreglamos todo en la casa de Oliver y envié el link a todos los correos que habíamos reunido, incluso me atreví a agregar un pequeño corazón al mensaje de Andrea. Por un momento imaginé que mi mamá me diría que estaba desatada y me entraron unas ganas repentinas de reírme con locura.

Cuando Nicole realizó la presentación, comencé a ponerme nerviosa de nuevo.

—¡Buenas tardes, queridos oyentes! —dijo con la energía que la caracterizaba—. Les tenemos buenas noticias, en este episodio nos acompaña F, nuestra querida asistente de producción.

En ese momento, Oliver hizo sonar unos aplausos falsos que tenía un programa de audio en su computadora. Me puse mucho más nerviosa.

—Hola —respondí seca—, espero que les guste mi participación.

Sonaba como una pequeña ardilla que temía ser aplastada por un animal gigantesco. Cerré los ojos y me armé de valor para continuar con el espectáculo. Me recordaba con constancia que Andrea me estaba escuchando. No quería decepcionarla. Esperé paciente a que Oliver se presentara y anunciaran el tema.

—¡Experiencias difíciles en el colegio! —dijeron al unísono. Oliver se giró hacia mí—. F,

¿por qué no empiezas tú?

—Creo que lo más bizarro en el colegio es el mismo colegio—. Casi ni pensaba lo que decía, solo me concentraba en respirar y no tartamudear—. Tenemos a ese inspector que parece un monstruo digno de una película de terror; nos persigue como si estuviéramos en un campo de concentración y él fuera un nazi a cargo de vigilarnos. Y como si eso no fuera suficientemente malo, también tenemos al director, aunque como me dijo una amiga, le queda mejor el nombre de Pingüino, como el villano de

Batman.

Eso les sacó unas risas a mis amigos y me relajé un poco, aunque todavía hablaba sin pensar bien lo que decía; era como si mi boca hubiera adquirido vida propia

—Así es, o sea, ¿qué sujeto sigue poniendo el himno nacional durante las mañanas? —Ese era un hecho que me daba efectivamente mucha rabia—. Nos estuvimos congelando por las mañanas de julio mientras el Pingüino nos hacía escuchar ese himno que a casi nadie le importa. Gracias al cielo, nunca me había elegido para ayudarlo a izar esa tonta bandera o quizás le habría vomitado en sus feos zapatos.

Más risas de mis amigos siguieron a mi comentario, haciendo que de nuevo me relajara un poquito. Creo que incluso agarré un poco de confianza porque comencé a hablar de forma más osada

—Y no me hagan entrar en lo abusivos que se ponen ambos con los estudiantes, no quiero imaginar lo que hacen cuando nadie puede verlos. Son unos verdaderos desquiciados y tendrían que estar en un hospital psiquiátrico... sin ofender a las personas de los hospitales psiquiátricos.

Así, continué divagando sin pensar en lo que decía, hasta que el programa terminó. Solo entonces reflexioné que tal vez había dicho muchas cosas sin sentido, pero mis amigos se rieron mucho y dijeron que había sido uno de los mejores capítulos, así que no me lo cuestioné demasiado. No obstante, al volver a casa, me seguía sintiendo peor sobre lo que había dicho. Seguro Andrea esperaba que dijera algo lindo y mágico, como las historias que escribía antes, sin embargo, me había pasado todo el tiempo diciendo tonterías y ventilando cosas que me enojaban del colegio.

Era el atardecer cuando decidí entrar a mi cuenta de Facebook, y quedé casi paralizada al ver que tenía cientos de notificaciones. Alguien había filtrado el episodio al grupo de Facebook del colegio y tenía cientos de comentarios. Mis ojos leían todo de manera casi descontrolada. Algunos estudiantes se reían de lo que había dicho, otros se mostraban muy de acuerdo y comentaban otras cosas que les había hecho Juan o el Pingüino. Pero también estaban los que decían que ese programa era una vergüenza y que le habíamos faltado al respeto no solo al director y al inspector, sino a todo el colegio. Por fortuna, la mayoría de los que decían eso eran los estudiantes del Primero Medio A, liderados por Fernanda. Así que no le di muchas vueltas al asunto porque ese curso siempre se organizaba para llevar la contraria a todo lo que hacía el resto del colegio. Lo que sí me preocupó mucho fue que se llegara a conocer nuestras identidades, mucha gente se preguntaba quiénes éramos.

Mientras mi cerebro analizaba el desastre, se abrió una pestaña de grupo en el chat que tenía con mis amigos. La primera en hablar fue Nicole, que nos escribió mil veces que no debíamos entregarnos ni revelar nuestras identidades bajo ningún motivo. Tanto Oliver como yo coincidimos de inmediato y juramos guardar silencio. Incluso nos pusimos de acuerdo en borrar todas las conversaciones de Facebook donde conversáramos sobre la radio, incluyendo este grupo. La regla que nos impusimos fue solo hablar de nuestro programa cuando estuviéramos en

privado. No sabría explicarlo, pero sentíamos una mezcla de emoción y miedo. Por un lado, Nicole estaba contenta de que nuestra radio hubiera llegado a más personas, sin embargo, teníamos claro que si se conocían nuestras identidades, eso podría traernos problemas. Ella se dispuso a mantener un perfil bajo. Oliver estaba muy emocionado y nos decía que esto era como ser un verdadero integrante de Anonymous, y que ahora deberíamos enfocarnos en seguir revelando oscuros secretos del colegio. Claro que todo lo que yo había dicho no era ningún secreto. La verdad es que me tranquilizó que se tomaran todo con cierta alegría. A mí casi me dio un infarto al leer los comentarios de todos los chicos del colegio. Casi esperaba ver mi nombre publicado en alguna parte y que esa avalancha de personas comenzara a atacarme con todo lo que tenían.

Para distraerme, empecé a revisar otras páginas, intenté escribir, comer, pero sin importar lo que hiciera, terminaba viendo la página de Facebook y a toda esa gente comentando como si se tratara de una carrera. Solo cuando pasó una hora desde el incidente y todavía nadie nos atacaba, pude respirar sintiéndome libre. Al fin me disponía a cerrar esa condenada página cuando una nueva pestaña de chat apareció en mi bandeja de entrada. Era Andrea:

El episodio fue fantástico, Lili. Reconozco que me sorprendió que fueras tan valiente para decir todas esas verdades del colegio, pero créeme que se lo merecían. Les compartí el enlace de tu episodio a centros de alumnos de otros colegios y al parecer tuvo mucho éxito. De todas maneras, no tienes nada de qué preocuparte. No di tu nombre ni nada con lo que pudieran identificarte. De hecho, ahora muchos me escriben a mí pensando que soy la que habla. Lo gracioso es que me gustaría decirles que sí. Bueno, solo quería decirte que eres increíble. Espero que pronto podamos tener más tiempo para conversar. Nos vemos, Lili.

Este mensaje lo leí con lentitud, disfrutando cada palabra. Había impresionado a Andrea, la chica más increíble del colegio. Si eso no era una hazaña, no tenía idea de qué podía serlo. Durante un segundo pensé en decirle que todo había sido un accidente, nunca planeé decir todas esas cosas, me dejé llevar. Pero creo que eso estaba de más. Le agradecí y prometí vernos pronto.

Quien no arriesga no gana

Como el programa había tenido lugar el viernes, tuve todo el fin de semana para prepararme emocionalmente para el lunes. Me dediqué a estudiar y avanzar en un par de trabajos que tenía pendientes para despejar mi mente. Estuve tan concentrada que para la tarde del sábado no tenía nada que me sirviera para evadirme. En el comedor de la casa, mi mamá trabajaba arreglando ropa que le habían dejado. Estaba en completo silencio, lo que me hizo sentir incómoda. Me fui al patio con mi libreta a ver si al fin podía empezar mi novela. Como en mi casa solo vivíamos mamá y yo, en general era un hogar bastante silencioso, lo que era perfecto para concentrarme en mis tareas. De hecho, el barrio entero era bastante callado. En general, nuestras vecinas eran señoras de mayor edad con las que mi mamá solía charlar de vez en cuando, pero exceptuando eso, eran prácticamente invisibles.

Tenía todo listo para poder escribir; sin embargo, de nuevo las palabras no acudieron a mí. Al menos no me frustré; en cambio, me puse a pensar en mamá. Desde que tenía memoria, ella arreglaba ropa en su tiempo libre para ganar algo de dinero extra. Era bastante buena y la gente del barrio la conocía, así que de vez en cuando, alguna vecina le encargaba un trabajo. Ella me había contado que Victoria, mi abuela, le había enseñado todo eso desde pequeña con la esperanza de poder darle un medio de trabajo cuando fuera grande, porque mi abuela trabajó toda su vida en campos de frutas, donde tenía que recolectar todo lo que pudiera por una paga miserable. Una sola vez mi abuela me contó esa historia y lloró tanto que tampoco pude contener mis propias lágrimas. Me era difícil imaginar a mi mamá y mi abuela como niñas. Supongo que es fácil para los hijos olvidar el hecho de que los adultos tienen problemas y miedos como cualquier persona.

El lado bueno de la historia es que mi mamá siempre tuvo buenas notas en el colegio y después hizo unos cursos para trabajar como secretaria. Estuvo así un par de años hasta que consiguió trabajo en la biblioteca municipal. Sin embargo, aún me la encontraba arreglando ropa siempre que tenía un ratito libre. Cuando era pequeña, me había enseñado todo lo que sabía, y lo practiqué por un par de años, pero lo dejé cuando descubrí que me gustaba más escribir. Aunque eso parecía un chiste, porque mi libreta seguía con esa horrible página en blanco. Esa tarde decidí acompañar a mi mamá con sus trabajos, incluso la ayudé un poco. Fue lindo compartir ese momento. Ese último tiempo sentía que solo me hablaba para reprenderme o exigirme algo, igual me lanzó uno que otro comentario en ese tono, pero en general, pasamos un momento bastante grato.

Antes de irme a acostar, le di un vistazo a la foto de mi abuela en el pequeño rincón donde a veces prendíamos una vela en su memoria. Durante un segundo, se me vino a la cabeza el recuerdo de la noche en que nos despertamos con gritos, como si estuviéramos dentro de una pesadilla. Suspiré profundo y me fui a dormir; lo mejor era aprovechar mi fin de semana para descansar.

El lunes llegó más rápido de lo que deseaba. Desde que tengo memoria, cada primer día de la semana nos hacían formarnos a todos los estudiantes del colegio, como si fuéramos militares o prisioneros, mientras Juan caminaba por los espacios libres, mirándonos desde arriba y siempre con una expresión petulante en el rostro. Todo esto con el himno nacional de fondo, haciéndonos retumbar los tímpanos, y si tenías muy mala suerte, el Pingüino te elegía para izar la bandera a su lado. Sin embargo, esa mañana las cosas se sentían un poco extrañas. Juan se veía mucho más

amenazante de lo normal y el himno sonaba mucho más fuerte que en anteriores ocasiones. Hacía tanto frío que mis manos estaban entumecidas y me negué a cantar, como la gran mayoría de mis compañeros. Con sinceridad, lo único que deseábamos era entrar al salón de clases para no tener que soportar el clima.

Cuando al fin terminó, agradecí en silencio, sin embargo, todos nos quedamos esperando la típica señal con la mano que hacía el Pingüino, con la cual nos indicaba que podíamos comenzar las clases. A pesar de la distancia, podía ver su mirada de odio hacia nosotros, y supe al tiro que lo sabía; alguien le había enviado el enlace de nuestro programa. El maldito me escuchó hablar de él, del inspector y, en general, de este colegio. Tuve un acceso de miedo tan fuerte que, a pesar del frío, me comenzaron a sudar las manos. Aunque estaba en una multitud de adolescentes y niños, no pude dejar de pensar que me observaba solo a mí, y todo eso no era más que una de sus maneras de torturarme. La tensión en mi cuerpo me estaba sobrepasando y, al fin, dio la señal y pudimos ingresar al salón de clases. Con mis amigos, ni siquiera nos hablamos durante las primeras clases. De hecho, nadie habló mucho. Era como si una amenaza invisible estuviera flotando a nuestro alrededor, consumiendo toda nuestra energía.

Pasaron unos cuarenta minutos de clases cuando la puerta del salón se abrió de forma sorpresiva. El inspector entró sin siquiera pedir permiso a la profesora y se plantó frente a todos, en su rostro no se percibía ningún tipo de emoción, lo que de una forma extraña lo volvía incluso más atemorizante. Al igual que el director se nos quedó mirando un buen rato hasta que consideró necesario comunicarnos su mensaje.

—Llegó a nuestro conocimiento que algunos estudiantes han estado difamando al personal de este colegio —su voz sonaba tan calmada que daba miedo—. Se dedicaron a decir nada más que sucias mentiras, y como los cobardes que son, ni siquiera mostraron el rostro ni dieron sus nombres. Esto no es un juego, no crean que pueden ir por ahí diciendo lo que se les da la gana y mucho menos hacer un show del asunto. Sabemos que fueron estudiantes de este colegio, y si están aquí ahora, tienen la oportunidad de ponerse de pie y enfrentar las consecuencias de sus actos como hombres y mujeres. Pero les prometo que si no se entregan y llego a descubrir que alguien de aquí estuvo involucrado, yo mismo me encargaré de que sean expulsados del colegio.

Con suerte me las arreglaba para seguir respirando, mucho menos me iba a levantar de mi asiento. Ni siquiera me atreví a mirar a mis amigos. Creo que me habría puesto a llorar de la ansiedad. Incluso cuando el inspector se fue del salón, sus palabras seguían rondando dentro de mi cabeza. Llegué a sentirme culpable por lo que dije y quizá debería estarlo un poco. Después de todo, los insulté y sé que a nadie le gusta eso. Sin embargo, estos sujetos estaban actuando como si hubiera perpetuado un acto de terrorismo. Al menos a mí me parecía que su reacción había sido por completo desproporcionada. Por fortuna, no era la única que pensaba así. Incluso la profesora Paula detuvo su clase de Biología para tranquilizarnos y decirnos que no teníamos nada que temer, que estaban exagerando como en otras ocasiones.

En el recreo, todos conversaban sobre la radio y daban teorías sobre la identidad de H, Z y F. No tardé mucho en escuchar que casi todos pensaban que Andrea y sus amigos del centro de estudiantes eran los principales sospechosos. Por lo que escuchamos, Juan entró como un perro rabioso a su salón de clases a darles el mismo discurso que a nosotros, con la diferencia de que les preguntó directo a Andrea, Karen y César si ellos eran los responsables de la radio. Quería con todas mis ganas ir a hablar con mi amiga, pero Nicole me hizo ver que si sospechaban de ellos no sería lo mejor que nos vieran juntos o podríamos terminar empeorando una situación que de por sí era bastante mala. Me mordí el labio y asentí en silencio. Oliver nos dijo que teníamos

que tener una reunión después de clases para analizar cómo íbamos a avanzar de ahora en adelante. Yo de verdad no tenía ganas de volver a hacer más programas, sin embargo, volví a asentir sin darle mucha importancia. Mi mente estaba ocupada pensando en Andrea. A pesar de no poder ir a verla, esperaba encontrármela en el patio con sus amigos, pero ninguno de los tres se vio en todo el recreo. Eso hizo que en mi cabeza imaginara los peores escenarios posibles. En la hora del almuerzo, nos fuimos con mis amigos al rincón privado del colegio para poder hablar sin que alguien nos escuchara.

—Al menos nadie sospecha de nosotros —comenzó Oliver—. Casi todos están convencidos de que son los del centro de estudiantes.

—¿Y qué pasa si los expulsan por nuestra culpa? —dije, culpable.

—No creo —reflexionó—. Piensa que el director no tiene idea de quién hizo el programa o no hubiera hecho todo esto. Además, con todos los resguardos que tomamos, no se puede conocer la identidad de nadie. Lo único que tendrían que hacer los chicos es decir la verdad, que no son ellos y no saben quiénes lo hicieron. Tampoco es que les vayan a echar la culpa sin evidencia, podrían demandar al colegio por eso.

—Pienso lo mismo —murmuró Nicole—. Qué mala suerte tenemos, imagínense si hubieran culpado a Fernanda o a alguno de esos estúpidos del Primero A. Hubiera sido perfecto, me habría muerto de la risa.

Solo cuando dijo eso, pensé que tal vez ellos habían tenido algo que ver. Desde que podía recordar, en nuestro colegio existían rivalidades entre los grados, los que se dividían en A, B y C. Esto se originó debido al rumor de que los mejores estudiantes estaban agrupados en el A, el curso de Fernanda, mientras que a los peores alumnos los dejaban en el C, el curso al que yo pertenecía. Honestamente, a mí y a mis compañeros eso no nos importaba, pero desde hacía un par de años, Fernanda y sus amigos se pavoneaban por el colegio diciendo que eran los mejores. Esto hizo que de a poco se fueran ganando el odio no solo de mi curso, sino del resto del colegio. Donde más se hizo visible esto fue en los conflictos que comenzaron a tener con el centro de estudiantes, catalogándolo de comunista, de flojos que buscaban tener todo regalado y no dar el mínimo esfuerzo. Varios de mis conocidos tenían la percepción de que muy poca gente estaba del lado del Primero Medio A.

No obstante, yo pensaba lo contrario. Me parecía que más estudiantes de los que nos imaginábamos resonaban con el discurso de Fernanda, solo que no se atrevían a decirlo. Las veces que le brindaba mi atención a este tema solía preocuparme, como colegio no éramos capaces de mantenernos unidos, estábamos a la merced de gente como Juan o el Pingüino. Por lo mismo, no me pareció tan imposible que alguno de ellos hubiera sido quien le informó al director sobre nuestra transmisión.

En lo personal, también tenía mis problemas con Fernanda. Ambas habíamos estado en ese colegio desde hacía años y nos conocíamos de vista, pero jamás pudimos hacernos amigas. A mí me cargaba su actitud tan chupamedias con el director y la autoridad en general, mientras que para ella, yo solo era una chica callada sin actitud. Odiaba que no tuviera una opinión sobre nada. Literal me lo había dicho en un par de ocasiones. Y si bien nunca nos peleamos de manera física, existía un tipo de enemistad entre las dos. Podía sentirlo en su mirada, y estaba segura de que ella también lo sentía de mi parte. Aunque, como me hicieron notar mis amigos, no tenía importancia saber quién había tratado de inculpar a Andrea, ya que si tratáramos de hacerle frente a Fernanda o a uno de sus amigos, estaríamos prácticamente reconociendo que teníamos algo que ver con la radio. Al menos nos convertiríamos de inmediato en sospechosos. No me creía capaz de poder

soportar la presión de mantener el secreto. Definitivamente, nuestra mejor opción era pasar lo más desapercibidos que pudiéramos.

—Y respecto a la radio —comenzó Oliver, tentativamente.

—No vamos a seguir —lo corté en seco—. Mira todo lo que pasó, no quiero que expulsen a alguien más por mi culpa. Dirigí mis ojos hacia Nicole, buscando su apoyo. Me sorprendí de verla ambivalente. Movi6 su cabeza de un lado a otro, reflexionando sobre la situación, hasta que se decidió a dar su opinión.

—Es que me da mucha rabia que esos viejos de mierda sientan que pueden tratarnos como se les da la maldita gana —dijo, enojada—. Pero claro, cuando alguien les dice lo mierda que son con la gente, tienen la cara de raja de verse ofendidos. Para mí, no son más que unos hipócritas. Yo seguiría con la radio.

—También es imposible que nos descubran —agregó Oliver—. Tenemos todas las protecciones posibles. La única forma sería que confesáramos, y eso nunca va a pasar. Quizá esta es nuestra oportunidad de hacer algo bueno con la radio, como hacen en Anonymous cuando liberan información para ayudar a la gente.

—¿Y cómo podríamos ayudar a la gente? —No entendía bien a qué se refería.

—Tú sabes que siempre pasan cosas violentas en este colegio, pero nunca se dice mucho al respecto y, al final, todo queda en el olvido. Podríamos usar la radio para dar a conocer todas las injusticias que tienen que pasar nuestros compañeros.

Durante un segundo pensé en decirles que sí enseguida, pero acabé suspirando y pidiéndoles más tiempo para pensar. Al igual que mis amigos, una parte de mí estaba enojada por cómo funcionaban las cosas en el colegio; no obstante, no sabía si ese sentimiento era lo suficientemente fuerte como para unirme a un grupo que se enfrentara a la escuela. Antes de tomar una decisión, llegué a mi casa y llamé a Andrea, quien me respondió casi al instante, como si hubiera estado esperando mi llamada. Me contó que el Pingüino la había amenazado en su oficina, prácticamente le había echado la culpa de todo y esperaba que reconociera su participación. Por fortuna, mi amiga se mantuvo serena, no admitió nada de lo que esperaba el director y repitió una y otra vez que ella y sus amigos no tenían nada que ver con la radio.

—Lo mejor fue que no tuve que decir ni una sola mentira.

Me la imaginaba sonriendo mientras decía eso.

—¿No estás enojada conmigo?

—¡Obvio que no! —sonaba muy sorprendida—. Estoy enojada con ellos, nunca contigo, al contrario, sigo pensando que fuiste muy valiente. No dejes que lo de hoy te baje el ánimo, te puedo asegurar que estos sujetos no tienen ni una sola prueba sobre ti, así que vas a estar bien. No tienes idea de cuántas veces he querido decirles las mismas cosas que dijiste durante la transmisión, creo que en ese pequeño ratito cumpliste con todas mis fantasías prohibidas. No te imaginas lo que pagaría por haber visto la cara del Pingüino cuando escuchó todo lo que dijiste, debió ser fantástico.

Siguió hablando sobre cuánto le había gustado el programa y que estaba orgullosa de mí, lo que me hacía muy feliz, aunque en mi interior no me sentía digna de merecer ese cariño porque mi intención jamás había sido luchar contra los poderes de la escuela, que era la sensación que me transmitía Andrea con cada una de sus palabras. Sin embargo, sí dije todo lo que sentía, de una forma u otra había sido yo, tal vez hubiera más en mí de lo que a mi mente le gustaba imaginar.

Esa noche tenía tantas cosas en mi cabeza que casi sin pensar me levanté, abrí mi libreta y

comencé a escribir ideas, diálogos y situaciones que deseaba incluir en mi novela; mi cerebro trabajaba a mil por hora y disfruté cada momento hasta que en un punto de la noche caí dormida. Desperté muy tarde y tuve que ordenar todas mis cosas a la rápida, pero ahí seguía mi libreta con todo lo que había escrito la noche pasada. La radio, Andrea y todo lo sucedido en el colegio me habían inspirado de alguna manera extraña que no conseguía entender, y eso me encantaba. Quería más de esa inspiración. Antes de partir al colegio, les dejé un mensaje a mis amigos que decía: "La radio continúa". No tenía la menor idea de en qué me estaba metiendo, pero durante un pequeño momento me sentí en completo control de mi vida y no iba a renunciar a eso tan fácil.

El Pingüino contraataca

Las siguientes semanas, "Error 404 not found" se había convertido casi en una leyenda urbana. Los rumores sobre su origen eran cada vez más ridículos e inverosímiles; los mejores decían que éramos hackers o extraterrestres. No tenía idea de dónde sacaron eso último, pero me causaba mucha gracia cada vez que alguien lo decía. Con mis amigos nos sentíamos como celebridades, de manera muy extraña porque nadie nos conocía ni nos daba el crédito. Sin embargo, el simple hecho de que hablaran tanto de ella nos hacía sentir bien. Era como tener nuestro propio club privado en las narices del enemigo.

Lo primero que hice después de la transmisión que había dado tanto de qué hablar fue pedir disculpas por la manera en que había comunicado la información. Es cierto que los había insultado, pero dejé bien en claro que nos enfocaríamos en decir todo lo que se nos prohibía en el colegio. A Nicole no le gustó tanto que fuera respetuosa con ellos, pero era importante para mí. No quería que esto se convirtiera en un espacio solo para tirar mierda de manera gratuita. Como bien había dicho Oliver, esto podía ser una manera de ayudar a otros. Comencé a verlo así y de pronto la tarea se volvía cada vez más fácil. Además, contábamos con material más que suficiente. Se sabían muchas historias sobre abusos de poder de parte de los profesores hacia los alumnos que jamás habían tenido espacio para ser escuchadas, y aquí se lo brindamos. Con cada transmisión que hacíamos, el inspector nos daba su típico discurso de que nos expulsaría al conocer nuestras identidades, y todo eso. Aunque le habíamos perdido cierto miedo, hasta entonces no nos habían hecho nada y mientras no cometiéramos un error, nadie lo sabría.

Incluso Andrea nos ayudó. Como era presidenta del Centro de Estudiantes, conocía a otros grupos de alumnos de varios colegios y se fue consiguiendo los correos de todos para poder enviarles una invitación a escuchar nuestro programa. Esto hizo que de a poquito nuestros oyentes fueran aumentando. Habíamos pasado de unos cien escuchas por episodio a casi quinientos en solo un par de semanas. El momento en que me sentí bien famosa fue cuando encontramos unos rayones en las paredes de un edificio del centro que decía: "Error 404 not found: la radio de la verdad". A pesar de que decir "la radio de la verdad" sonaba un poquito a estirar el chicle, me sentí increíble. Incluso le saqué una foto con mi teléfono. La mejor parte es que descubrí que todo esto me inspiraba para continuar escribiendo. Tenía tanta energía creativa que, además de mi novela, comencé un diario sobre lo que me sucedía. Claro que lo hice desde la perspectiva de una observadora. Era una chica lo suficientemente ansiosa para pensar que tal vez mi mamá o alguien podría leer mi diario. Así que me puse como regla no dejar algo que me vinculara a mí o a mis amigos. Como dicen por ahí, "el Pingüino está en los detalles"; nunca podría ser lo suficientemente cuidadosa.

Nunca rompíamos la regla de no hablar de la radio en público, excepto cuando íbamos a nuestro pequeño rincón privado en el colegio. Aun así, eso sucedía en situaciones muy específicas, no queríamos llamar la atención. En general, si alguien de nuestro curso mencionaba algo relacionado con las transmisiones, nos hacíamos los que no sabían mucho del tema. No mentiré en decirles cuánto quería poder revelar mi identidad como F, pero era lo suficientemente inteligente para no decir nada, y a pesar de que no lo hablamos de manera directa con mis amigos, estaba segura de que ellos sentían lo mismo.

Algo que me molestaba mucho de todo esto era el Pingüino, porque al no tener evidencias de algún culpable, mandaba al inspector a espiar a Andrea y a su grupo de amigos. Después de unas

semanas, era habitual verlo rondando cerca de ellos. Claro, ella se reía para quitarle importancia al asunto. En varias ocasiones me aseguró que le daba absolutamente lo mismo, no tenían ninguna prueba para culparlos. Eso solía dejarme más tranquila.

Oliver dijo que sería más seguro utilizar lo que él llamaba "páginas desechables", que básicamente eran sitios web que cumplían con la misma función de una radio online. Al transmitir desde diferentes páginas, era menos probable que alguien pudiera encontrar una dirección o algo que le indicara sobre las personas detrás de la pantalla. Por suerte, internet estaba repleto de ese tipo de sitios. En más de una ocasión, usábamos alguna que tenía letras en un idioma que ni siquiera conocíamos, pero el símbolo de "play" era bastante universal, así que nos las arreglábamos.

Por otro lado, Nicole estuvo usando sus contactos con alumnos para plantar el rumor de que H, Z y F eran estudiantes de otro colegio como un método para evadir las sospechas dentro del establecimiento. Para poder alimentar esa narrativa, en un par de episodios comenzamos a hablar sobre aspectos que afectaban a otros establecimientos, como la censura del gobierno a ciertos libros por tener temática LGBT o ideas asociadas a la política de izquierda.

—O sea, son unos grandísimos hipócritas —decía Nicole en nuestra transmisión—. También prohibieron leer 1984, ¿a qué le tienen tanto miedo? ¿A que pensemos con libertad? Lo siento, pero solo por eso, este país le debería pedir disculpas a cada chileno.

—Es que precisamente no quieren que pensemos. El país perfecto para el gobierno sería si todos obedeciéramos sus leyes sin cuestionarnos nada, por eso es que todo lo que sale de la norma lo censuran de inmediato.

—Sí, por último pudieron haber prohibido "Cien años de soledad" —dijo mi amiga—. Eso de las colas de chanco y los Buendía me tenía súper aburrida. Todos se llamaban Buendía. Cada vez que aparecía uno, decía en mi mente que se fueran a la mierda.

No estaba de acuerdo con la opinión de Nicole, para mí "Cien años de soledad" era una obra maestra, pero me gustaba que compartiéramos ideas distintas. Además, le salió gracioso, así que se lo dejé pasar. Quienes no lo dejaron pasar fueron nuestros oyentes. Imagino que debieron haberse empoderado después de escucharnos, porque a la mañana siguiente de esa transmisión, en una de las paredes del colegio estaba dibujado el director, en forma de caricatura y con una cola de chanco. El inspector una vez más pasó por cada salón hablando de lo horrible que era esto y que los culpables se entregaran mientras tenían la oportunidad. Sus palabras no me asustaban tanto como la primera vez, sin embargo, una pequeña parte de mí seguía temerosa. Una de las reglas que establecí era no hacer uso de la radio para burlarse de la gente. Entendía que ese dibujo era una respuesta ante la forma tan autoritaria con la que nos trataban, pero de todas maneras me causaba ruido. Principalmente porque, si algo había aprendido de las clases de historia, era que los actos considerados violentos tienen respuestas iguales o aún más violentas. Desafortunadamente, no me equivocaba.

Esa misma semana se comenzó a llamar a alumnos al azar a la oficina del Pingüino. En nuestro curso le tocó a Mauricio, un chico amable con el que hablábamos de vez en cuando. Nos dijo que le habían preguntado sobre la radio, si tenía algún tipo de información, incluso si se trataba de rumores. Al parecer, estaban buscando por todas partes a un culpable. Sin embargo, lo que me preocupó fue saber que el Pingüino estaba otorgando beneficios a las personas que lo ayudaran a descubrir a quienes estaban detrás de la radio, lo cual me pareció sumamente peligroso. Me sentía como si alguien hubiera puesto un cartel de "Se Busca", tal como en las películas del viejo oeste. Oficialmente le colocaron un precio a nuestras cabezas.

Los castigos en el liceo también se tornaron más extremos. A un chico de Octavo Básico lo suspendieron solo por decir un chiste relacionado con la radio, y por lo que se sabía, lo dejaron con riesgo de expulsión si cometía un acto similar. También cancelaron todos los proyectos de arte porque habían asociado el dibujo del director a esa asignatura, lo que era bastante malvado de su parte, porque en nuestro colegio, los cursos de Cuarto Medio solían dibujar un mural que dejaban como despedida después de terminar el liceo. Ahora, lo único que se veía era una imagen a medio hacer y sin nada de vida. Suponía que el Pingüino seguía con la idea de que Andrea era la responsable de la radio, así que continuó atacando a los de Cuarto Medio. También les suspendió la fiesta de graduación, algo que desde mi perspectiva debería ser casi ilegal, el dinero lo recaudaba cada curso con distintas actividades. No obstante, eso no le impidió privarlos de esa celebración. De esa manera, comenzó a irse contra toda forma de libre expresión en el liceo. Se suspendieron todos los jeans day, que consistía en poder asistir al colegio vistiendo ropa de calle, y además, las reglas de vestimenta se volvieron más firmes. Todas las chicas debían tener el pelo tomado sin dejar ni un solo mechón suelto, y los hombres corto, como en la milicia. Yo misma vi que no dejaban ingresar a estudiantes que no cumplían con esa norma. Sin embargo, uno de los peores momentos lo vivimos en mi curso.

El profesor Carlos Muñoz era el encargado de las clases de Lenguaje. Enseñaba solo en Media, y no me sorprendía para nada porque no tenía paciencia para trabajar con niños pequeños. Desde el primer día, sus clases consistían en humillarnos cuando nos equivocábamos en algo. Nos hacía pararnos al frente de todos y explicar por qué no entendíamos algo tan sencillo. Debido a eso, la mayoría tomamos la costumbre de no hablar ni preguntar algo en sus clases. No obstante, ese día Camila Becerra, una chica que me caía muy bien, pero con la que no hablaba mucho, hizo un comentario sobre la radio y llegó a oídos del profesor. Ni siquiera dijo en tono de burla para los profesores o al mismo colegio, simplemente mencionó algo de la radio, pero Carlos la humilló frente a todos. Sacó a relucir sus calificaciones para que el curso completo estuviera al tanto de su rendimiento al punto de hacerla llorar, incluso así no paraba de violentarla. El momento en que sentí que esto podría salirse de control fue cuando el profesor hizo llamar al inspector, quien al llegar casi esbozó una sonrisa al ver lo vulnerable que estaba la pobre. Se la terminó llevando a su oficina y no la volvimos a ver durante el resto de la clase. No creo ser la única que deseaba levantarse y decir algo, sin embargo, nadie lo hizo porque todos teníamos miedo de ser los siguientes. Únicamente cuando el profesor estuvo satisfecho con nuestros rostros asustados, llamó al inspector para dejar regresar a la pobre chica. Me sentí tan cobarde por no haber dicho nada. Sus sollozos se quedaron grabados en mi cerebro durante el resto del día. Esa tarde tenía toda la intención de hablar sobre eso en la radio, aunque mis amigos me lo prohibieron rotundamente.

—Lili, si mencionas eso justo en el mismo día en que sucedió, van a darse cuenta de que pertenecemos a ese curso —puntualizó Oliver—. Les estaríamos entregando nuestras identidades en bandeja. ¿Has visto cómo han estado actuando esos dementes estos últimos días? No quiero ni pensar en lo que nos harían si nos descubrieran.

—Estoy de acuerdo con el niño cabezón —dijo Nicole—. Lo siento, Lili, pero es mejor continuar de la misma forma en que lo hemos hecho hasta ahora. Además, piensa en que si hacen estas cosas es porque nos tienen miedo. Eso significa que de a poco la radio está consiguiendo su objetivo.

Con sinceridad, yo pensaba que nos tenían más odio que miedo, aunque no pude contradecir a mis amigos en cuanto al asunto con el profesor Carlos. Me mordí la lengua durante toda esa

transmisión mientras ellos hablaban sobre las conductas machistas que tenían muchos profesores con las alumnas en general. A pesar de que encontraba ese un tema importante, no me pude sacar de mi cabeza los sollozos de mi compañera. No la conocía mucho porque era una chica muy tímida, algo con lo que podía reflejarme, además era muy simpática, trataba a todos de manera amable, no se merecía que alguien la violentara así. Nadie lo merecía. Continué mordiéndome la lengua a tal nivel que cuando estaba tomando once con mi mamá, me hizo notar que parecía enojada.

—Te ves molesta, ¿te pasó algo en el colegio?

—Nada, mamá.

—No te sacaste una mala nota, ¿verdad? Te dije al inicio del año que ahora todas tus calificaciones cuentan. Te las van a sumar para cuando tengas que dar la PSU, así que anda poniéndote las pilas con eso —dijo con preocupación.

—Bueno, mamá.. —Si de por sí estaba molesta, hablar sobre la PSU me enojaba aún más.

—No me vengas a hablar en ese tono. En tu colegio andan muchos chicos muy irrespetuosos con los profesores. Hay como una radio que hicieron y la ocupan para andar diciendo mentira tras mentira.

Me quedé helada al escuchar eso de mi mamá. No tenía ni la menor idea de que la radio hubiera llegado a oídos de ella. Sostuve mi tacita de té como quien no quiere la cosa y bebí tratando de no parecer culpable. Después de un rato, conseguí reunir la valentía suficiente para averiguar más al respecto.

Respiré profundo antes de preguntar:

—¿Cómo supiste de la radio?

—Nos dijeron en la reunión de apoderados. Más te vale que no estés escuchando esa tontera, Liliana. Lo último que necesitas es distraerte de tus estudios. Piensa que ahora les dan todo. Si en mis tiempos hubiera becas como hoy en día, habría estudiado todo gratis. Tienes que aprovechar todas tus oportunidades. Ten en cuenta que al final todos esos cabros que andan protestando se están echando el futuro, se pierden. Por eso tú tienes que enfocarte en nada más que estudiar.

—Me esfuerzo mucho —protesté, tímida—. Aunque la verdad... ninguna carrera me gusta mucho. Todas parecen lateras.

—Lo importante es estudiar algo, Liliana. Lo que sea, después te las puedes arreglar por si quieres hacer otra cosa. Pero en tu cabecita tienes que ponerte como prioridad ser profesional, para todo lo demás vas a tener tiempo después.

No le confesé a mi mamá que soñaba con ser escritora porque seguramente no lo entendería. Además de que yo misma tenía muchas dudas de mis capacidades para conseguirlo. Todo lo que sucedía con la radio había avivado mi llama por escribir, sin embargo, estaba segura de que había millones de personas como yo con el mismo sueño. Por más que lo analizara, no encontraba qué podía tener de especial para que otras personas quisieran leer lo que escribía. Hubiera agradecido mucho alguna palabra de consuelo, pero como no dije nada, mi mamá se terminó levantando de la mesa con la excusa de irse a seguir trabajando. Yo me quedé un ratito terminando mi tacita de té y después me fui sin energías hacia mi habitación. En mi cabeza rondaban preocupaciones acerca de mi futuro y sobre el hecho de que la radio hubiera alcanzado a nuestros padres, sentía que el Pingüino se las había arreglado para tener ojos espiándome en mi propio hogar.

Tal vez fuera porque estaba un poco decaída, pero por primera vez en las últimas semanas se me pasó por la cabeza que tal vez esto se nos estaba saliendo de las manos. Si tenían involucrados a los apoderados, ¿qué sería lo siguiente?

Al día siguiente pedí a mis amigos que tuviéramos una reunión para conversar sobre lo que había pasado últimamente. Elegimos vernos en un parque que quedaba relativamente cerca de nuestras casas; además de nosotros, solo estaban un par de perritos callejeros y uno que otro niño jugando en los columpios.

Aunque solo estaba sentada en una banca, me sentía perseguida. Fue un completo alivio cuando vi a mis amigos acercarse. Creo que también estaban teniendo sentimientos encontrados con la radio porque ninguno se veía muy seguro sobre cómo seguir avanzando. Incluso Oliver, que era el más entusiasmado con las transmisiones, dijo que tal vez habíamos ayudado en todo lo que la radio nos permitía; al menos conseguimos revelar los malos tratos que sucedían en el instituto, incluso si terminábamos con la radio, nada nos podía quitar eso.

Extrañamente, Nicole parecía haber cambiado de papeles con mi amigo porque, a pesar de tener miedo sobre el revuelo que estábamos causando, no quería ni pensar en terminar con todo. La verdad era que la entendía; el proceso de crear este proyecto y ver cómo impactaba en otros era muy satisfactorio, sentíamos como si estuviéramos apoyando a nuestra generación de una forma que no podríamos haber hecho por otro medio. También era sumamente divertido, no podía negarlo.

—¿De verdad quieren terminar con todo? —la voz de Nicole sonaba muy triste.

—No quiero —puntualizó Oliver—, pero tal vez sea mejor hacerlo ahora. Piensa que nuestros padres sabían y yo no tenía puta idea. Si no hubiera sido porque Lili nos dijo, todavía andaríamos sin saber nada. Imagínate que un día mi mamá entra a mi habitación cuando estemos haciendo una transmisión, nos iríamos a la mierda brígido.

—Pero si tuviéramos más cuidado...

—Tampoco quiero que esto se termine —mi voz sonaba seca—, pero creo que es el momento de analizar nuestras opciones. Al menos deberíamos considerarlo.

Extrañamente, recibí una llamada en mi teléfono que me interrumpió. Al principio pensé que sería mi mamá; sin embargo, resultó ser Andrea, sonaba muy preocupada e incluso algo enojada.

—No eres tú, ¿verdad, Lili?

—¿De qué hablas? No entiendo.

—¿No estás haciendo un programa ahora?

—¡No! Estoy con mis amigos en un parque.

Los chicos comenzaron a prestar atención a lo que hablaba.

—¿Qué pasó?

—Lo siento mucho, Lili, pero creo que alguien está tratando de suplantarlos. Me llegó una invitación de enlace a mi correo tal como siempre me mandas tú para la radio. Al principio pensé que eran ustedes, pero las personas comenzaron a decir un montón de cosas terribles. Incluso llamaron a lastimar a los profesores, a quemar el colegio y otras cosas. Ahora mismo en Facebook está un grupo de gente diciendo que quieren poner una demanda contra la radio. Hasta vi a varios alumnos comentando que se habían pasado con ese programa y que no iban a apoyar lo que se decía allí. Te voy a mandar el link para que lo escuches tú misma.

Al segundo en que les conté a mis amigos, salimos disparados a una tienda donde arrendaban computadoras y otros equipos, pagamos por media hora y escuchamos el episodio. Fue mil veces peor de lo que había descrito Andrea. Se presentaron como si fuéramos nosotros, con nuestros apodos y nombre de la radio. Sus voces sonaban iguales a las nuestras, así que debían estar usando el mismo programa de voz, lo que dificultaba descubrir quiénes habían sido. Pero el daño estaba hecho; como todo nuestro modo de operar era anónimo, no teníamos manera

de probar que eran otras personas y el solo hecho de intentarlo sería revelar nuestra identidad. Me dio tanta rabia que la chica que se hizo pasar por F dijera que había que ir a pegarles a los profesores, la muy maldita hablaba de darles una paliza entre todos los estudiantes. Como si eso no fuera lo suficientemente malo, el sujeto que hablaba como Z dijo que la única forma de terminar con la corrupción del colegio era literalmente destruirlo, incluso propuso utilizar fuego para quemar el lugar. Parecían psicópatas, o mejor dicho, nos hicieron parecer a nosotros como psicópatas.

Tentativamente dejé escapar la idea de hacer otro programa para refutar lo que habían dicho esos impostores, aunque me bastó una sola mirada de mis amigos para darme cuenta de que no estaban con el ánimo. Sinceramente, yo tampoco. Parecía que hubiéramos perdido una importante batalla contra el enemigo.

Si estábamos deprimidos antes, esto fue como un golpe en el alma. Al final no quedamos en algo concreto, solo nos despedimos y cada uno se fue a su casa. Cuando llegué, me quedé mirando la foto de mi abuela. Ella siempre había confiado en mí, me trataba como si fuera la niña más linda e inteligente del mundo. Si me viera, seguramente se sentiría decepcionada. Yo misma lo estaba. Prendí una pequeña vela en su memoria y me fui a la cama, solo quería dormir deseando no tener pesadillas.

Por supuesto que las cosas no mejoraron mágicamente de un día al otro, de hecho, todo lo contrario. Como esos impostores hablaron sobre atentar contra la integridad física de los profesores, el director anunció en la mañana que iban a poner una denuncia oficial en Carabineros, dejando bien claro que lo mejor para los culpables sería renunciar a lo que hacían o de lo contrario se enfrentarían a un castigo mucho más severo que la expulsión del Liceo. Sorpresivamente, ni siquiera estaba asustada. Me sentía frustrada con todo, nunca se nos ocurrió que alguien podría suplantarnos y no pusimos ni una sola medida para protegernos. De haberlo pensado, tampoco se me ocurrió algo que hubiera funcionado. Llegué a pensar que el Pingüino se sentiría satisfecho con esta victoria, sin embargo, estaba equivocada, esa misma semana disolvió el centro de alumnos y privó de sus funciones a Andrea y a sus amigos. Parecía que todavía seguía con la idea de que ellos eran los culpables; esta debía ser su mejor forma de castigarlos sin tener evidencia.

Al enterarme de esto volvió a surgir una rabia en mi interior. A pesar de las protestas de mis amigos, fui en el recreo a hablar con Andrea para decirle lo mucho que lamentaba lo sucedido. Supongo que sí me sentía culpable. La muy maldita ni siquiera estaba enojada. De hecho, me contó entre risas que esta era la única respuesta del Pingüino al no contar con nada para atacarla directamente. Por alguna razón que no entiendo, esa respuesta hizo incrementar mi rabia mucho más, casi deseaba verla enojada conmigo, que me echara en cara todo lo que había ocasionado por mis estúpidas ideas. Al menos podría haberle hecho frente a eso, pero ver su sonrisa diciéndome que todo iba a estar bien era algo nuevo para mí. No recuerdo otro momento donde sintiera tantas ganas de besarla como aquel, allí en medio del patio a la vista de todos. Como tenía la mente llena de locuras, incluso lo pensé como por tres segundos antes de entrar en razón. Sin embargo, lo había pensado. Esa chica estaba haciendo que me volviera loca.

No nos besamos en el patio, pero esa noche Andrea me invitó a su casa. Su mamá iba a estar de viaje donde sus abuelos y tendría la casa sola, así que nadie nos iba a interrumpir. Obviamente, yo le dije a mi mamá que me iba a quedar donde mis amigos; le habría dado un ataque cerebrovascular si se enteraba dónde andaba, o con quién, mejor dicho. Su mamá le dejó un poco de dinero y lo usamos para comprar lo necesario para hacernos unos completos, que era

una de mis comidas favoritas, con mucha palta y ketchup. Traté de sacar el tema de la radio, pero ella le quitó importancia y nos pusimos a escuchar música mientras me enseñaba unos viejos álbumes de Pokémon que tenía desde que era niña.

—¡Está súper bueno!

—Me sorprendía ver su colección de álbumes porque tenía muchos que estaban casi completos. A mí siempre me faltaron cientos de láminas.

—¿Nunca completaste alguno?

—Estuve a punto varias veces, pero siempre me faltó una maldita lámina que no aparecía en ningún lado —me pasó el álbum más lleno de todos—. Mira, me faltaba literalmente una para completarlo. La satánica lámina diecisiete, nunca la pude encontrar. Supongo que el destino no lo quiso.

—Recuerdo este álbum, fue uno de los primeros que tuve—. Recordaba bien aquella época de mi niñez—. No puedo creer que casi lo lograste, serías la primera persona que conozco en poder completar un álbum.

—Casi soy famosa —bromeó ella—, la historia de mi vida.

Nos reímos un rato hasta que nos volvimos a quedar en silencio. La música sonaba un poco más apagada o al menos yo la sentía así. Tuve un acceso de locura y puse mi mano sobre la suya, aunque inmediatamente me quedé paralizada, pude sentir sus dedos aferrándose a los míos. Durante ese pequeño momento me sentí más viva de lo que jamás había estado. Disfruté cada segundo de esa intimidad hasta que nos fuimos acercando más y de pronto nuestras caras se encontraron. Nos besamos suavemente, pero los latidos de mi corazón eran tan fuertes que me daba un poco de vergüenza que pudiera escucharlos. Al menos, si es que fue así, no dijo nada. Todas las dudas que tenía sobre si me gustaban los chicos o las chicas pasaron a segundo plano. Seguía estando tan nerviosa como un chihuahua, pero me permití pasarlo bien.

—Si no te sientes cómoda no tenemos que hacer esto

—me dijo entre besos—. No me voy a enojar si quieres esperar un poco más.

—Estoy bien—. Sentía la garganta seca—. Quiero... te quiero, Andrea. Si me veo un poco nerviosa es porque nunca me había pasado esto, pero de verdad quiero estar contigo.

—Yo también te quiero—. De nuevo me atacó con su maldita sonrisa—. No te preocupes, yo me encargo de todo, solo asegúrate de avisarme si me paso.

Asentí despacio y dejé que tomara las riendas del asunto. Sentía como si me hubiera disociado del tiempo y el espacio, en un segundo estábamos allí y después nos encontrábamos en su habitación, otro segundo pasó y nuestra ropa estaba esparcida por el suelo mientras nos besábamos encima de su cama. El tacto de su piel contra la mía era una sensación mágica, sus manos me acariciaban por todas partes de maneras que nunca había imaginado, ni en mis mejores fantasías. El tiempo se había detenido, una luz roja se cernía sobre nosotras brindándonos tantos minutos como encontráramos necesarios y sus palabras se volvieron caricias, y sus caricias de volvieron destellos de luz que atravesaban mi cuerpo a una velocidad sorprendente. En ese entonces supe lo que era existir más allá de mi cuerpo físico, éramos las dos una sola entidad, sin nada que nos detuviera, éramos eternas.

El golpe de regresar a la vida real resultó tan fuerte que mi cerebro tardó varios minutos en procesar dónde me encontraba. La tenue luz de la mañana entraba con timidez a través de la ventana y el frío se sentía como pequeñas agujas que rozaban todo mi cuerpo desnudo, abracé a la chica que dormía a mi lado para conseguir un poco de calor, pero ambas estábamos congeladas. Miraba su rostro justo en el momento en que sus ojos se abrieron, era una sensación

extraña, habíamos sido una sola persona y ahora estábamos separadas otra vez, no sabría explicarlo bien. Nos dijimos muchas palabras, prometiéndonos querernos por siempre y nunca separarnos, el tipo de cosas que la gente se decía cuando se enamoraba por primera vez y al igual que todos guardé cada promesa en el fondo de mi corazón. Un rato después, cuando estábamos desayunando y mi mente comenzaba a sentirse, como siempre mis inseguridades empezaron a resurgir.

—¿De verdad no estás enojada conmigo por lo del centro de estudiantes?

—¡Lili!

Me di cuenta que le molestaba que siguiera con el tema.

—Por supuesto que estoy enojada, pero no contigo, todo es culpa de ese fascista de mierda que juega a ser director de un colegio. Lo odio a él, no a ti, así que por favor deja de hablar sobre eso, especialmente ahora, no quiero tener que pensar en ese tipo cuando estoy con mi polola.

—Lo siento —murmuré por lo bajo, aunque era otra cosa lo que me llamaba la atención—. Así que... ¿soy tu polola? Por primera vez conseguí hacer que ella se sonrojara y la vista fue encantadora.

—O sea, solo si tú quieres... —su voz adquirió un tono suave.

—Obvio que quiero, tonta. —Ni siquiera traté de esconder mi sonrisa.

Como la mamá de Andrea volvería en la tarde, tuvimos toda la mañana para pasar tiempo juntas, lo que se resumió en tener sexo todas las veces que pudimos, que fueron demasiadas, pero nunca suficientes. Horas después estaba afuera de su casa, esperando un colectivo que me llevaría a mi hogar. Andrea esperaba conmigo, sentada a mi lado; quise tomar su mano, pero me detuvo porque su vecina podría vernos y si le contaba a su mamá eso causaría una discusión del infierno. Odiaba que fuera nuestro primer día como pareja y teníamos que estar tomando precauciones, sin embargo, acepté sin decir ni pío, no quería ser una molestia.

—Nunca imaginé que tendría polola —se me esca-

pó—. No es que sea algo malo, solo que no lo pensaba. Desde pequeña mi mamá y mi abuela solían molestarme con que tendría un pololo, no sé, en la tele tampoco se ven a personas diferentes.

—Te entiendo —me tranquilizó—. Los adultos nunca te dicen que podrías tener una orientación diferente a la heterosexual, imagino que ni siquiera se les pasa por la cabeza, a pesar de que eso pueda afectar negativamente a gente como nosotras. A mí me pasaba mucho cuando era más chica, pero la verdad es que estos últimos años dejé de sentirme mal por cuestionarme cosas, a veces ni siquiera pienso en mí como mujer, no es que quiera ser hombre, a veces tengo la sensación de no encajar en ninguna categoría. Supongo que soy una persona extraña.

—Nunca había escuchado algo así, pero imagino lo angustiante que debe ser tratar de encajar en una categoría cuando ninguna de las opciones te representa. Y no creo que seas extraña, a mí me gustas como eres.

No podíamos tomarnos de la mano, sin embargo, me acerqué hasta que nuestros hombros se tocaron levemente. Me encontraba demasiado cómoda, en mi interior comencé a desear que el colectivo se perdiera o retrasara para poder seguir disfrutando de ese pequeño momento junto a mi polola.

—¿Sabes, Lili? —su tono de voz de pronto se volvió serio—, lo de tu radio ha causado un gran impacto en el colegio, a pesar de que esos impostores intentaron ensuciar su reputación, no tengo dudas de que la mayoría de los estudiantes no les compraron.

—No sé si importe mucho la verdad —respondí, deprimida—. Hicieron que muchos dudaran

de nosotros y ahora nadie sabe bien en qué creer.

—En eso estás equivocada. Nuestros compañeros saben de las cosas turbias del colegio, únicamente nadie se había atrevido a hablar al respecto, hasta que aparecieron ustedes. Da lo mismo si trataron de ensuciar su imagen, ahora la gente se cuestiona las cosas, incluso si terminan su radio, eso no se detendrá, al contrario, de aquí en adelante nuestras voces se harán más fuertes. De hecho, puedo probártelo—. Sacó un pendrive y una vieja grabadora de su bolsillo—. Estaba dudando sobre si darte esto o no porque no quería involucrarte en nada más, especialmente después de todos los problemas que debes tener, sin embargo, quisiera saber si me ayudarías con esto.

—¿De qué se trata esto? —Tomé las cosas que me dio.

—Hace mucho que corrían rumores en el colegio sobre cosas bien oscuras, nunca había conseguido información verídica al respecto hasta que... bueno, hasta que comenzaste la radio.

Debió ver mi cara de incredulidad porque esbozó una pequeña sonrisa.

—Es verdad, tu radio empoderó a mucha gente a hablar sobre cosas que les pasaron en el colegio, pero la información que conseguí hace poco es muy fuerte, he estado todos estos días pensando en cómo proceder porque también me da un poco de miedo, supongo que por eso no he estado tan afectada por la cancelación del centro de alumnos, una parte de mí sabe que tengo que hacer algo más importante. El tema es que es difícil estar sola en esto, por eso quería pedir tu ayuda.

—Te ayudaré en lo que sea, Andrea. Lo prometo.

—No me hagas promesas, Lili —me detuvo—, no todavía, primero quiero que leas y escuches lo que te pasé, quiero que pienses bien en cómo esto podría afectarte porque nos estaríamos involucrando en algo más serio. Estaré esperando tu respuesta.

Me hubiera gustado dejarle bien claro que no necesitaba pensar en nada, con saber que buscaba ayuda me era suficiente para mandar todo al demonio y aceptar sin siquiera reflexionar sobre las posibles consecuencias. Igualmente no pude decir algo porque justo en ese momento llegó el colectivo y tuve que irme, odiaba separarme de ella después de haber experimentado momentos tan lindos a su lado, lo único bueno era que me daría la oportunidad de poder analizar en profundidad la información dentro de los dispositivos que me había dado.

Tuve que esperar un poco para eso, mi mamá me arrasó con preguntas sobre cómo fue la reunión con mis amigos, así que tuve que inventar muchas mentiras. Por suerte, mentirle a mi mamá nunca me había resultado especialmente difícil y supongo que desde su perspectiva, una chica tímida que casi ni hablaba no podía meterse en muchos problemas. Un par de meses atrás yo habría dicho lo mismo. Es extraño cómo la vida puede dar un giro tan drástico de un día para el otro.

Quisiera haber empezado a analizar el material apenas estuve a solas, sin embargo, mi mente no cooperaba conmigo. Lo único que venía a mi cabeza era la noche que pasé con Andrea. Nunca imaginé que mi primera vez sería con una chica. Usualmente, cuando fantaseaba al respecto, solía visualizarme al lado de un chico alto, varonil, quizá un poco tóxico, pero con un buen corazón, lo que era un concepto adquirido por leer mucho fanfiction por el internet. Otra cosa que esperaba era sentirme un poco distinta después, aunque no había nada diferente en mí. Seguía siendo la misma chica de siempre, solo que tenía la mente tan revolucionada que me era difícil hilar ideas. De buen grado hubiera gritado a todo pulmón que había tenido sexo con una chica que ahora era mi polola, pero no era una psicópata, así que compartí ese sentimiento únicamente con mi diario, siempre con el cuidado de redactar todo para que pareciera ficción,

como si fuera la idea de una novela. Podía tener la mente desquiciada, pero todavía era precavida.

Después de botar todo lo que pude en esa hoja de papel decidí irme a dormir. No tenía caso seguir despierta cuando tenía mi mente llena de mariposas, sin poderme concentrar. No tengo claro cuánto tiempo debo haber estado durmiendo, sin embargo, no debió ser suficiente para mi cerebro porque me sentí muy gruñona cuando un sonido externo me despertó. Mi cerebro tardó en identificar que era mi teléfono celular, pude ver en el contacto el nombre de mi amigo Oliver. Le contesté con mi voz sonando como si estuviera gruñendo.

—¿Qué pasa, Oliver?

—Lili, ¿leíste el chat del grupo de Facebook?

—No.

Inmediatamente me puse en modo de alerta, estaba durmiendo.

—¿Qué pasó?

—Un hacker nos robó el correo de la radio —pude escuchar la amargura en su voz—. No sé cómo se nos pasó por alto ese detalle, tendríamos que haber creado un correo nuevo cada vez que enviáramos los enlaces de los episodios.

—Pero es imposible que sepan de nosotros, ¿verdad? —Mi preocupación crecía con cada segundo—. Nunca escribí nuestros nombres ni nada que nos delatara.

—Sí, eso mismo dijo Nicole —su voz sonaba preocupada—. Igual estábamos asustados porque no nos respondías, llegamos a pensar que tal vez te habían arrestado.

—¿¿Qué?! ¿Crees que nos arrestarían si nos descubrieran?

—El Pingüino puso una denuncia en Carabineros así que al menos harían una investigación... —Me di cuenta de que también tenía miedo—. Esto se puso demasiado brígido, creo que vamos a tener que parar con la radio como hablamos el otro día, pero sí o sí tenemos que juntarnos a analizar si es que hay algo que nos pueda incriminar. Si se nos pasó por alto lo del correo quizá hay otra cosa rondando por ahí.

—Sí, claro. El lunes después de clases podemos reunirnos para ver bien todo eso.

—Ya.

Escuché un suspiro.

—¿Qué bueno que estás bien, Lili!

—Gracias...

Al cortar la llamada, me fijé en que eran pasadas las doce de la noche. No había dormido casi nada y ahora la cabeza me dolía. Estuve tentada a irme a preparar algo para comer, pero me volví a acostar y cerré los ojos, no quería pensar en qué significaría lo del correo para nosotros. Tal vez exageraba o no, lo importante era que no deseaba debatir sobre eso en mi mente. Cerré los ojos con más fuerza y me obligué a quedarme dormida.

Para la mañana del domingo estábamos todos tan nerviosos que después de una rápida llamada grupal decidimos reunirnos para analizar bien nuestros pasos. No les conté a mis amigos sobre la información de Andrea, principalmente porque todavía no había investigado. Nos pasamos la tarde revisando los programas de audio, las páginas desechables, cualquier cosa que proporcionara algo de información relevante, pero no encontramos algo parecido a lo del correo. Seguíamos preocupados porque pensábamos que tal vez algo se nos estaba escapando frente a nuestros rostros, pero por más que buscamos no dimos con ningún material que pudiera ponernos en peligro. Posterior a esa inspección, los tres estuvimos de acuerdo en terminar con la radio, incluso Nicole aceptó sin poner muchos peros. La verdad, ninguno quería que esto sucediera, no

obstante, hicimos lo que pudimos por unas semanas y conseguimos iniciar una mini revolución, si es que se puede llamar así. Suponía que eso debía ser suficiente, al menos le dimos voz a nuestros compañeros, incluso si fue solo un poquito y nadie podía negar eso. Sí, resultaba molesto que el miedo terminara callándonos, pero creo que preferíamos sentirnos así antes que tener problemas legales con el Pingüino.

Volví a mi casa sintiendo una tristeza infinita. Lo último que deseaba era terminar con uno de los momentos más emocionantes de mi vida. En mis pocos años en este planeta, mi paso había sido más bien aburrido, con excepción de la radio y ahora mi relación con Andrea. Me di cuenta de que ni siquiera les conté a mis amigos sobre cómo habían cambiado las cosas en ese ámbito, podía imaginar las miraditas que me iban a dar, al menos tendríamos algo positivo de qué conversar. Sin embargo, todo era tan repentino que, a mi parecer, ni yo entendía bien cómo esta nueva relación iba a afectar mi vida. Seguro tendría muchos momentos lindos y otros no tanto, esperaba tener la cabeza fría para enfocarme en lo bueno.

El lado amable de todo era que al menos lo peor había pasado, en adelante podría seguir concentrándome en mis locos dilemas de adolescente. Seguí repitiéndome eso durante todo el camino hacia mi hogar, hasta que recibí esa horrible noticia.

La tristeza infinita

La mayoría de las mamás veían los matinales de la televisión y muchas de ellas estaban enamoradas del presentador del canal nacional, o era lo que escuchaba de mis amigos, que siempre hablaban de cómo sus madres veían eso. En mi caso, mamá no pasaba mucho tiempo frente a la tele porque su trabajo le quitaba la mayor parte del tiempo. Por eso, desde hacía años recurría a la radio para enterarse de las noticias o como medio de entretenimiento. Aunque para mí, las estaciones que sintonizaba eran tan aburridas que podría haberme quedado dormida, pero ella las escuchaba durante horas. Es curioso, en realidad; si le hubiera contado sobre el programa que fundé con mis amigos y a la fecha contaba con más de quinientos oyentes por transmisión, creo que pensaría si le estaba jugando una mala broma.

No la acompañaba a escuchar sus programas; si estaba cerca, solía ignorarlos olímpicamente para no aburrirme. Una que otra vez me contaba sobre algunos chismes o noticias de las que se enteraba y yo debía fingir que me importaba. A veces, trataba de involucrarme en eso solo para saber si ella y yo podíamos compartir algún interés, pero sinceramente esos programas eran cancerígenos para mis oídos; no eran más que cahuines, propaganda política y chistes de gente vieja. Continué sin dar mucha importancia a lo que me decía, y supongo que se dio cuenta porque cada vez sus comentarios al respecto eran mínimos hasta ahora, que me comentaba algo muy esporádicamente. De hecho, ese mismo día, después de que le pusiéramos fin a la radio, ni siquiera me mencionó sobre el anuncio que estaba por detenerme el corazón.

“Como noticia de última hora —según anunciaba el comentarista—, carabineros acaba de detener a Andrea Riffo, estudiante del Liceo de Excelencia de Aconcagua. Según nuestras fuentes, se ha encontrado información que podría vincular a la joven con la creación de una radio online que han usado para difamar y esparcir mentiras muy serias sobre los profesionales del colegio. Cabe mencionar que la joven es hija de Javier Riffo, conocido en San Felipe por haberse involucrado en uno de los mayores escándalos de la ciudad. Como recordarán, fue detenido por...”.

El programa continuaba, deleitándose de la horrible historia del padre de Andrea. Por eso, no quise seguir poniendo atención. Gracias a Dios mi mamá no estaba mirándome la cara o de lo contrario habría visto las lágrimas que bajaban por mi rostro. Antes de que me hiciera una pregunta a la que no quería responder, me fui a esconder a mi habitación donde lloré en silencio tanto como me hizo falta. No sabía qué habría sido, pero algo se nos había escapado y ese algo hizo que la chica que me gustaba estuviera detenida en la estación de policía. Eso no era justo y, por primera vez desde que esto había comenzado, pensé en decir la verdad. No podía dejar que mi polola cargara con la culpa de mis acciones; podía hacerlo y ni siquiera tendría que hablar sobre mis amigos, podía decir que fui yo sola todo el tiempo. Llegó el momento de hacerme responsable; tenía que confesar.

Salí de mi habitación dispuesta a decirle todo a mi mamá, entendiendo que eso significaba enfrentarme a sus lágrimas, retos, decepción y todo lo horrible que me haría el Pingüino cuando supiera de mis actos. Suponía que tendría suerte si al final solo me expulsaban del colegio. Estaba completamente dispuesta a soltar todo; sin embargo, me quedé de piedra al notar que estaba llorando. No hacía ruido, igual que yo cuando lo hago, pero sin lugar a dudas, eran lágrimas saliendo de sus ojos. Quedé tan descolocada que durante un minuto no supe cómo responder. Cuando mi cerebro volvió a funcionar, me acerqué con timidez:

—¿Mamá?

—Hija...

Enseguida percibí vergüenza en su rostro.

—Lo siento, no deberías verme así.

—¿Te pasó algo?

—Nada, solo estaba pensando en mi mamá —su voz sonaba seca—. Ahora en noviembre es su cumpleaños y la extraño mucho. A veces me cuesta creer que ya no está aquí; casi espero verla entrar por la puerta.

Por supuesto, era el tema de mi abuela, uno de los asuntos más sensibles para mi mamá. Después del funeral, hizo todos los esfuerzos posibles para que yo no la viera llorar ni sentirse triste. Nunca entendería esa obsesión de los adultos por mostrarse como seres insensibles a los que nada les afectaba. Supongo que pensaban que así nos protegían de algo. Sin embargo, a mí nada podría haberme salvado de la tristeza de perder a mi abuela, y por lo que veía, mi mamá estaba en las mismas. No la culpaba; en ciertas ocasiones, parecía como si todo hubiera sucedido hacía mucho tiempo, pero todavía no se cumplía ni un año. Este sería el primer cumpleaños de la abuela en que no podríamos abrazarla ni felicitarla.

—Yo también la echo de menos —confesé—. Daría lo que fuera porque estuviese aquí.

—Lo sé, hija —parecía que deseaba decirme otra cosa, pero dudaba—. En el trabajo, una colega me empezó a contar de un programa que había visto, uno donde van unas señoras a hablar sobre cosas de su vida. No me acuerdo bien el nombre; la verdad, estaba un poco aburrida escuchándola. Tú sabes que no veo tele. Hasta que me contó una historia que me recordó a mi mamá, no he podido dejar de pensar en eso.

—¿Qué historia era, mamá? —Me senté a su lado.

—¿Recuerdas lo que le pasó a la abuela?

Nunca lo olvidaría; esas palabras eran suficientes para que mi cerebro supiera a qué se refería.

Desde hace un par de años, mi abuela había estado teniendo algunos problemas en el cerebro, o eso creíamos. No olvidaba quiénes éramos ni dónde estaba, pero comenzó a tener pesadillas en las que gritaba pidiendo ayuda. Las primeras noches nos despertábamos muertas de miedo pensando en que alguien había entrado a la casa, algo que, por suerte, nunca sucedió. Sin embargo, eso no la detuvo, sin importar cuántas veces le dijimos que nada malo pasaba, que estaba completamente a salvo. Los gritos continuaron casi todas las noches. La llevamos a atenderse con muchos doctores, ninguno nos dio una respuesta satisfactoria. Las pesadillas continuaron y nuestras noches se volvían episodios donde teníamos que calmarla hasta que un día se escaparon unas palabras que jamás olvidaré.

—Ayúdenme, me quiere violar, por favor ayúdenme.

Con mi mamá nos miramos al instante. Imagino que la expresión de miedo en su rostro era la misma que tenía en el mío. Tratamos de preguntar más sobre el asunto; como respuesta, comenzó a llorar y seguir repitiendo esas palabras. A pesar de que vivimos con ella un tiempo más antes de su muerte, nunca pudimos sacar información concreta sobre el trasfondo de esas palabras, aunque a mi parecer tampoco era necesario. Sí sabíamos que el papá de mi abuela era muy agresivo. No dudaba en pegar a sus hijos si lo desobedecían, o si simplemente andaba de mal ánimo. En más de una ocasión, la abuela nos contó historias horribles de él, aunque ninguna que incluyera abuso. Tristemente, no nos fue difícil imaginar lo que podría haber sucedido. Los abusos sexuales en el pasado eran algo que se escondía en las mismas familias, a veces por

vergüenza o por desconocimiento de cómo manejar la situación, otras solo por misoginia o simple crueldad. El solo hecho de pensar que mi abuela tuvo que pasar por algo así, guardándose por tantos años, hizo que se me rompiera el corazón en mil pedazos. Quedamos tan afectadas después de su muerte que no volvimos a tocar el tema. Era muy doloroso, no teníamos toda la información y realmente no había nada que pudiéramos hacer para ayudar. Supongo que tuvimos un acuerdo sin palabras en el que estipulábamos olvidar lo sucedido, uno que ambas habíamos seguido al pie de la letra hasta este momento.

—No creo que algún día pueda olvidarlo —susurré, sin mirarla directamente—. ¿Por qué lo mencionas?

—Mi amiga me contó de una señora que vivió algo parecido, en ese programa decía que tuvo la ayuda de un grupo de mujeres que trabajaban asistiendo a personas que habían sido abusadas y me contó que la señora realmente se mostró feliz de haber tenido socorro. Pienso que... no sé, tal vez podría haber hecho algo más.

Pronunció la última palabra y no pudo contener las lágrimas, al igual que yo. Nos abrazamos como si fuéramos dos niñas pequeñas hasta que conseguimos calmarnos. Me sentía tan desbordada en mis emociones que recuerdo haber murmurado un par de palabras que no logro recordar, hasta que decidimos ir a dormir. Había sido un día muy largo para las dos.

Antes de acostarme, pensé seriamente en ir y decir la verdad tal como tenía planeado; sin embargo, solo pensar en eso hizo que mi cuerpo sintiera cansancio y, antes de que pudiera tomar una decisión, me quedé dormida. Tuve un sueño muy extraño, estaba en un país distinto, lo sabía por la gente que se veía muy diferente a la chilena, por el idioma que veía en los letreros de las tiendas o en los anuncios. No entendía nada. Todas las personas hablaban ese extraño lenguaje y yo paseaba tratando de pasar desapercibida hasta que me encontré a unos niños. Estaban llorando y algunos tenían heridas en sus rostros. Mi primer instinto fue pedir ayuda a los adultos, sin embargo, ninguno me entendía, ni yo a ellos. Cada segundo que pasaba sin poder conseguir ayuda hacía que mi desesperación aumentara hasta que, sin saberlo, estaba gritando. Les gritaba a todos, a cada una de las personas que caminaban a mi alrededor.

Entonces sucedió algo muy extraño: una adolescente se acercó a donde estaba yo. Me quedé sin aliento al percatarme de que era yo misma. Miré hacia abajo y me di cuenta de que era una de las niñas de ese pequeño grupo, tenía heridas por todas partes y lloraba desconsolada.

Desperté tan bruscamente como si alguien me hubiera dado un golpe en el estómago. Ni siquiera recordaba si esa pesadilla había tenido final. Después de reflexionar un poco, decidí quedarme en casa. Lo último que me faltaba era presenciar a los idiotas del colegio celebrando lo de Andrea. Tampoco me quedé en la cama; partí de inmediato a mi computadora para investigar el caso de la radio. Fue como un puñal en mi pecho saber sobre la razón de su detención. Semanas atrás le había enviado un emoticón a su correo, y los investigadores se afirmaron de eso para plantear que ella debía estar involucrada de alguna manera, pues era el único correo con algo distintivo.

El lado bueno fue enterarme de que, por ahora, todo eran sospechas y no se contaba con evidencia clara que pudiera inculparla. Al parecer, la detención era más para poder sacarle toda la información posible. El hecho de que carabineros no estuviera en mi casa para llevarme indicaba que no les estaba yendo muy bien con eso de la información.

—Estúpida —murmuré—, siempre pones a los demás antes que a ti misma.

Llegué a la conclusión de que lo mejor era esperar. Dentro de poco la soltarían y, si ella no hablaba, todo quedaría más o menos en calma. Como habíamos terminado con la radio, tampoco

existían posibilidades de que nos atraparan en el acto. Empecé a dar vuelta mis cosas hasta encontrar los dispositivos del otro día. Con tantas emociones, todavía no había analizado nada del material, y Andrea me dijo que era importantísimo. En el pendrive estaban muchos informes, al parecer, eran transcripciones de entrevistas en formato Word, pero eran cientos. Me tardaría toda la vida leyendo eso.

Entonces me fijé en que la grabadora tenía escrito veintisiete. Me dirigí al archivo con el número y encontré el testimonio de una chica, Antonia Valdivia. Declaraba haber sido abusada sexualmente por el inspector del colegio y recibir golpes de parte del director como un método de asustarla para que no revelara nada. Lo peor es que esta situación se había prolongado durante tres años; fue literalmente una tortura. En la grabación pude escuchar su voz quebrándose varias veces mientras relataba lo sucedido. No podía imaginar la valentía de esa chica; dijo todo especificando los abusos, dio nombre y apellido de sus abusadores y culpó a toda la institución del colegio por permitir que gente como ellos estuviera a cargo de niños y adolescentes.

Seguí ojeando otros archivos y encontré uno con información del director. Mencionaba un poco de su historia; al parecer, fue un militar de alto rango al que dieron de baja después de que salieran a la luz algunas denuncias sobre sus tratos agresivos hacia otros, aunque aparentemente nada de esto había sido oficial. Asimismo, había un pequeño párrafo sobre su divorcio, que no estuvo fuera de polémicas, ya que su exesposa quiso denunciar violencia, pero igual que lo anterior, quedó en nada. No existía ningún tipo de condena oficial; sin embargo, no podía comprender cómo alguien con esa historia pudiera estar a cargo de un colegio.

En el reverso de la hoja estaban escritas unas anotaciones a mano, suponía que de Andrea; allí redactaba algunos puntos sobre cómo utilizar esta información para ir directamente a las autoridades. Tenía varios nombres de mujeres con el número de teléfono al lado y la palabra "abogada", por lo que podía entender que estaba tratando de formar un equipo para analizar opciones legales.

Entendía por qué Andrea me había pedido reflexionar al respecto, ya que si eso salía a la luz podría significar el fin del colegio, del director y todos sus matones. El problema era que nos arrastraría a un proceso judicial del que realmente no deseaba participar. Además, no tenía cómo pagar algo así; podría dejar en la quiebra a mi mamá y después del fallecimiento de mi abuela sería muy egoísta hacerla pasar por algo tan complicado, quizá podría hasta poner en peligro su trabajo.

Me encontraba tan perdida que decidí ir al cementerio. La tumba de mi abuela estaba en uno de los sectores más alejados, lo que me gustaba porque no deseaba estar cerca de otras personas viendo a sus muertos. Sonreí al ver que su tumba estaba muy bonita; seguramente mamá pasaba muy seguido por allí, se notaba en el cuidado. Estaba llena de flores, figuritas de la Virgen María, un amuleto con la imagen de Jesús, incluso le pusieron uno de esos remolinos de juguete. Estuve sentada a su lado y de pronto comencé a conversarle sobre todo lo que sucedía en mi vida. Le hablé de mis amigos, de cuánto nos divertimos haciendo nuestros programas en la radio, también le conté de Andrea y de cómo creía estar enamorada por primera vez, aunque no sé cómo habría reaccionado al enterarse de eso. Me gustaba pensar que quizá lo habría entendido. Le prometí que estaba cuidando a mi mamá y que la tenía presente en mi corazón. Si todavía estuviera aquí, le habría pedido un consejo sobre qué hacer con el testimonio de Antonia. Una parte de mí quería mandar las cosas a la mierda y revelar todo sin mirar atrás; sinceramente deseaba eso, pero también tenía mucho miedo de las consecuencias. Nunca me habría enfrentado a algo así, estaba atrapada.

—De verdad no sé qué hacer, Abuela —susurré, completamente perdida—. Siento como si estuviera flotando, sin rumbo, mientras todas estas cosas pasan, como si no tuviera control sobre nada. Estas personas son tan horribles que me asustan. Si hago esto van a utilizar todas sus armas contra mí y no sé si pueda soportarlo. Siempre soñé con que mi vida fuera especial, una aventura en la que me enfrentaría a los malos y de alguna forma conseguiría ganarles, pero ahora que tengo la oportunidad de hacerle frente a estos monstruos... solo puedo pensar en cuánto miedo tengo. Te necesito, abuela. No quiero hacer esto sola.

Quedé en silencio, escuchando solo el viento silbar por el cementerio. En un momento noté que el remolino se movía; todos sus colores brillaron a la luz del sol formando un pequeño arcoíris para mis ojos. Estuve hipnotizada observando ese pequeño espectáculo hasta que se detuvo. No dije más y volví a casa, seguía un poco asustada, pero no iba a quedarme de brazos cruzados. Elegí tomar ese pequeño momento como una señal.

Posteriormente, mis amigos me contaron sobre el día que me perdí en el liceo; el Pingüino literalmente hizo una pequeña ceremonia donde felicitó a algunos chicos del Primero Medio A, entre ellos a Fernanda, por su inquebrantable valor y amor por el patriotismo. Según Nicole, eso era suficiente para saber que debió ser su grupito de amigos los que se hicieron pasar por nosotros. Yo lo había imaginado anteriormente, así que no me parecía una teoría descabellada. Fernanda era una conocida chupamedias; que estuviera dispuesta a vender a otros compañeros con tal de obtener algún beneficio personal, no me sorprendía ni me importaba. A esas alturas sinceramente me daba lo mismo quiénes habían sido; lo único en mi cabeza era cómo proceder respecto a la información sobre Antonia.

Por supuesto que les dije todo a mis amigos, los que me brindaron posturas un poco distintas. Nicole decía que habría que ir con la información directamente a los alumnos, formar un grupo de gente y luego dirigirse inmediatamente a Carabineros, ya que si éramos muchos era menos probable que nos ignoraran o trataran de silenciarnos. Por otro lado, Oliver decía que eso era un asunto demasiado serio y debíamos involucrar a algún abogado porque el Pingüino seguramente tendría unos cuantos peces gordos defendiéndolo. Si no nos cubríamos las espaldas, nos destruirían. Me gustaban ambas ideas; supongo que lo del abogado era lo más lógico antes de iniciar cualquier procedimiento legal. Sin embargo, había estado informándome sobre otras noticias que involucraban abusos y muy pocas veces el resultado era favorable para las sobrevivientes. De alguna forma, los acusados conseguían escapar, ya sea por su influencia, dinero o por tener algún contacto dentro del poder judicial. Odiaba pensar que tal vez aún con todas las evidencias el Pingüino podría salirse con la suya. Lo que me llevaba a mi idea.

—¿Y si hiciéramos un último golpe?

—¿Qué? —preguntaron al mismo tiempo.

—Un último episodio de la radio —expliqué— revelando toda esta información, si lo hacemos, por más intentos que hagan, no podrán silenciar el asunto.

—Liliana —suspiró Nicole—, hasta yo sé que esa es una mala idea. Podría quitarle veracidad a la misma información.

—No si organizamos todo bien —aclaré—. Miren, sí tenemos que hablar con un abogado y luego con Carabineros o la PDI, pero haciendo únicamente eso corremos el riesgo de que el Pingüino use sus contactos para librarse de la demanda. Estuve revisando información parecida y hace dos años un hombre quedó en libertad luego de tener tres denuncias de abuso sexual por parte de sus hijas, pero se trataba de un sujeto con mucho dinero y... no quiero que algo parecido suceda con esto. Si hacemos un programa revelando todo va a ser imposible que el asunto quede

en nada porque la gente no dejará que se olvide. Entonces mi plan consiste en hablar con un abogado, generar la demanda en tribunales y al mismo tiempo hacer el programa; presentaremos toda la información de golpe.

—No lo sé —reflexionó Oliver—. Sigue siendo muy arriesgado, no quiero mentirte, Lili, no sé si quiero involucrarme en algo así.

—Está bien —dije para ambos, al notar a Nicole también indecisa—. Sé que esto es demasiado y no me voy a enojar si no quieren participar en la transmisión, pero ¿podrían ayudarme a organizar todo? Yo haré el resto.

Me pareció que se sintieron culpables por no decirme que estarían conmigo, pero sinceramente no los culpaba.

Después me reuní con Karen, la mejor amiga de Andrea, y luego de un par de minutos donde cada una trataba de captar sutilmente si la otra sabía todo lo que estaba pasando, nos pusimos de acuerdo para comenzar a trabajar. Ella tenía muchos contactos de alianzas estudiantiles de otras ciudades que podrían apoyarnos cuando este tema explotara. Según Karen, los abusos no eran un tema poco recurrente, así que esto podría resultar como un precedente para poner fin a ese tipo de comportamiento. Asimismo, contaba con el dato de grupos de abogados que apoyaban las movilizaciones de estudiantes, así que podrían guiarnos en cómo avanzar. Pero la mejor noticia fue enterarme de que Andrea había sido liberada en la mañana, aunque Karen me dijo que no fuera a verla porque seguramente iban a estar vigilando a quienes se le acercaran.

—No creo que eso juegue a tu favor, menos cuando eres F —Me quedé de piedra, pero ella sonreía—. No te enojas con Andrea, ella no me lo dijo, aunque por la forma en que hablaba de la radio y de ti no me costó mucho unir los hilos. Reconozco que estoy sorprendida, pensaba que eras una chica muy tímida, no te imaginaba liderando una revolución.

Supuse que no tenía sentido fingir que no sabía de qué me hablaba, además si Andrea confiaba en ella eso era suficiente para mí.

—No creo que lideré ninguna revolución —dije, avergonzada—, aunque lo intentamos, en eso no te voy a mentir.

—Bueno, te aseguro que ahora lo estás haciendo —Su sonrisa era cada vez más grande—. Supongo que es cierto cuando dicen que las calladitas son las peores. Me caes bien, Lili.

En un corto período de tiempo había conseguido una motivación extrema para continuar con el proceso. Oliver me ayudó a adaptar todos los programas necesarios en mi computadora para realizar el cambio de las voces que usábamos en la radio. También me prestó sus audífonos, micrófonos y una extensión de un alargador para poder conectar todos los equipos. Nicole me consiguió los correos a los que enviábamos los episodios y me ayudó a instalar los implementos. Encontré un poco tierno que ambos me pidieran disculpas por no estar conmigo en esa última transmisión, yo traté de asegurarles de que no tenían por qué sentirse así; participar en eso era mi decisión y si no querían involucrarse, era igual de válido.

Continué concentrándome en mis tareas hasta que no pude mantenerme serena y decidí contactar a Andrea. Como Karen me había pedido no ir a visitarla ni llamarla a su celular, realizamos una escritura por chat de Messenger. Generalmente, detestaba esa aplicación porque me daba un poco de ansiedad hablar con personas sin poder ver sus rostros, además que tenía ruidos raros y la gente podía enviarte zumbidos, sin embargo, tiempos desesperados requieren medidas desesperadas.

“¿Estás bien?”, sabía que era una pregunta estúpida, pero no pude evitar hacerla.

“No. Desde que conseguí ser presidenta del consejo de estudiantes, que ese viejo me tiene

sangre en el ojo, eso lo tenía súper claro, pero que llegara al punto de querer encerrarme en una celda sin tener evidencias concretas era algo que jamás imaginé”.

“Te prometo que no dejaremos que se salga con la suya” escribí, con la esperanza de transmitirle esperanza.

“Lo sé”.

Casi podía ver una sonrisa en su rostro.

“Parece que andas hecha toda una revolucionaria, Karen me contó sobre su encuentro y todos sus planes. Déjame decirte que me parecen excelentes, especialmente el de hacer un último episodio de la radio, con eso les será imposible ocultar todo esto, tendrán que hacerse cargo de una forma u otra”.

“Esa es la idea. Lo único que nos falta es asegurar el testimonio de Antonia, estuve hablando con Karen y me dijo que se pondría en contacto con ella. Cuando tengamos más información sobre eso podremos estar más seguras sobre cómo avanzar”.

Me sorprendí de ver que me había enviado un emoticón de una pequeña sonrisa. Quise enviarle otro de vuelta, pero me dio vergüenza, especialmente después de que mi emoticón había sido la causa del arresto de mi polola.

“¿Qué pasa?”.

“Nada, nada” —escribió rápidamente—. “Solo estoy impresionada contigo, eso es todo”.

No sé por qué, pero yo también sonreí. Sin embargo, después de esa conversación no tuve mucho por qué hacerlo, ya que Karen nos avisó, muy deprimida, que Antonia había decidido no realizar su testimonio y por lo que entendía, ella era la base para todo nuestro plan, sin sus palabras solo éramos un grupo de chicos sin evidencia. Andrea sugirió ir a verla para conversar sobre eso, pero Karen nos dijo que ella le había pedido explícitamente no ser contactada bajo ninguna circunstancia. Estábamos con nuestras manos atadas una vez más.

Entre todo lo que sucedía, noviembre se nos pasó tan rápido que estuve muy sorprendida cuando llegamos a primero de diciembre. Pasamos el tiempo analizando nuestras opciones y la mejor de todas era conseguir a otros alumnos que pudieran testificar sobre los abusos físicos y psicológicos que se vivían en el colegio. Según el abogado que consiguió Karen, eso no sería un caso tan impactante en los medios, aunque sí podría servirnos para sentar un precedente. No obstante, yo no estaba para hacer las cosas a medias, sé que estuvo mal, pero en el archivo que me había dado Andrea unas semanas atrás, estaba toda la información de Antonia, incluso su dirección. Vivía en Santiago en un departamento que arrendaba con unas amigas, conocía más o menos la ubicación, así que no era una locura que mi cerebro tuviera la idea de ir a verla, una idea que no gustaba a Andrea ni a Karen; de hecho, me expresaron su rechazo tajante, ya que debíamos respetar su decisión. Yo la respetaba mucho, de verdad que sí, por eso mismo me sentía en la obligación de al menos ir y explicarle con lujo de detalles lo que sucedía. Sí, fue egoísta de mi parte, lo tengo clarísimo, pero cuando todo esto explotara no quería pensar que podría haber hecho algo más.

Haciendo caso a mi momento de locura egoísta, un miércoles hice la cimarra y tomé el bus a Santiago sin decir ni una palabra a nadie. Tardé como una hora en ubicarme en esa enorme ciudad y otra en llegar al departamento, pero lo conseguí. Toqué el timbre y esperé. La puerta se abrió solo un poquito y una pequeña parte del rostro de una chica me dio la bienvenida.

—¿Quién eres? —La reconocí de inmediato. Era la misma chica de las fotos que estaban en el informe.

—Soy Liliana Ibaceta, sé que no me conoces, pero necesito hablar contigo —trataba de

hablar con toda la calma que podía—. Se trata del testimonio que diste hace un tiempo acerca del colegio en San Felipe.

—Dije que no quería hablar sobre eso —percibía la rabia en su voz—. ¿Nunca me van a dejar en paz? Lo único que quiero es olvidar lo que pasó y hablar de eso todo el tiempo no me ayuda. Por favor, ándate.

—Antonia, si solo me escucharas...

—¡Ándate!

Trató de cerrar la puerta, pero coloqué mi zapato en medio, deteniéndola.

—No voy a fingir que sé por lo que estás pasando porque no lo sé. —Además de la rabia en sus ojos veía mucha tristeza—. Pero una persona muy cercana a mí también pasó por lo que tú viviste, la verdad es que en mi familia no lo supimos hasta que fue demasiado tarde y hasta hoy nos preguntamos si tal vez podríamos haber actuado diferente. Yo misma me culpo mucho por eso, lo tengo siempre presente.

—¿De quién hablas? —su voz sonaba abatida—. ¿Le pasó algo a otra niña del colegio?

—No del colegio, al menos que yo sepa —aclaré—. Fue a mi abuela.

Si estaba dispuesta a pedirle a esa chica que expusiera ese momento tan doloroso de su vida, pensé que lo justo era explicarle por qué esto era tan importante para mí, así que le conté toda la historia, no me guardé absolutamente nada. Escuchó en silencio, no me interrumpió una sola vez y cuando al fin había sacado todo de mi sistema, abrió la puerta y me dejó pasar, me ofreció unos pañuelos y solo entonces me percaté de que había llorado mientras contaba mi historia.

Nos sentamos y me dio su versión de todo lo sucedido, que fue mucho peor de lo que había leído en el informe. Todo comenzó cuando iba en primero medio, el inspector la acosaba constantemente, la llevaba a su oficina donde la tocaba y le pegaba, para resguardar que no diría nada le advertía de que cualquier palabra haría que la expulsaran inmediatamente, de esta manera fue como se mantuvieron los abusos por al menos tres años, hasta Cuarto Medio. Nunca tuvo que vivir algo parecido y no sabía cómo reaccionar ni a quién pedir ayuda, solo una vez trató de hacerle frente al inspector, quien la llevó con su jefe. Durante un segundo pensó que tal vez iba a ayudarla, sin embargo, ese tipo dejó salir su verdadera naturaleza, comenzó a golpearla y amenazarla. Ese día fue abusada por él, me contó que ese episodio dejó tal marca en su vida que no asistió más al colegio, posteriormente terminaría sus estudios en un 2x1, sin embargo, el dolor por lo sucedido nunca desapareció. Cuando Andrea la entrevistó se ofreció a participar de cualquier proceso porque deseaba encontrar un poco de justicia, no obstante, recordar lo sucedido le había traído el dolor del que tanto anhelaba escapar, por eso ahora decía no querer participar en nada.

—Solo quiero olvidar que eso sucedió —sollozó Antonia—. No sé por qué tuvo que pasarme a mí.

—Lo siento tanto. —Luchaba para que no se me quebrara la voz—. No te merecías eso, y sé que puede ser egoísta de mi parte venir a pedirte más después de lo que te sucedió, pero si consiguieras poder sacar un poco de valor podríamos evitar que esos monstruos hagan lo mismo a otras niñas. Podríamos evitar que crezcan con miedo y secretos, como le pasó a mi abuela. Tenemos una oportunidad y te prometo que estaré contigo en todo el proceso, no te dejaré sola, tampoco lo harán Andrea, Karen, ni nadie que tenga un corazón en el pecho.

—Es bonito pensar así, Liliana, pero la verdad es que en el mundo real a nadie le importa mi historia. Lo sé porque lo viví, las pocas veces que hice el intento de buscar ayuda no recibí más que críticas hacia mí, al final siempre era yo la culpable de todo, la gente solo te abandona. Por

eso no vengas a decirme que podemos detener a esos monstruos, sé cómo funcionan las cosas en este país y lo último que deseo es seguir involucrándome en esta maldita pesadilla.

—Sé que tienes todas las razones del mundo para pensar así, Antonia, pero yo estoy aquí porque precisamente no quiero que tu historia quede en el olvido. Quiero llevar a esas personas a la justicia.

—Liliana... —Se detuvo por unos segundos—. ¿Puedes prometerme que si hago esto ninguna niña más será abusada?

Me pilló desprevenida con su pregunta, si estuviera en mí poder por supuesto le diría que sí, pero estaría mintiendo porque no contaba con ese control, lo único que podía hacer era dar mi mejor esfuerzo y tenía claro de que eso muchas veces no era suficiente, Antonia lo sabía, Dios mío, seguramente lo sabía mejor que nadie. No tenía nada para entregarle más que una radio online y mi maldita convicción de adolescente, viéndolo así no podía culparla por tener dudas.

—Te prometo no rendirme —fue lo único que se me ocurrió.

—De verdad quisiera creerte, pero no lo sé... necesito tiempo.

Se me quedó grabada en la cabeza su mirada, estuve pensando en eso durante todo el regreso a casa, hablar sobre temas tan sensibles me había dejado muy agotada tanto emocional como físicamente. Exactamente por eso no me gustaba hablar de esas cosas, después mi cuerpo lo resentía; sin embargo, compartir mi dolor con alguien que había pasado por una situación similar hizo que dicho dolor fuera un poquito más manejable. A pesar de que Antonia me pidió tiempo para pensar, me sentía conforme conmigo porque había dado todo de mí, si ella mantenía su postura, ya sería su decisión y tendría que respetarla.

Decidí no contarle a nadie sobre mi visita; esperaría a tener noticias de Antonia. Hasta entonces, tratamos de concentrarnos en los exámenes de final del curso, que tendríamos en la segunda semana de diciembre. Mientras tanto, Andrea y Karen estaban estudiando con todo para dar la PSU en un par de días. Me costaba imaginar cómo irían a esa prueba después de todo lo que había sucedido; si fuera yo, estaría volviéndome loca porque apenas me la podía con los exámenes del colegio. Los de Cuarto Medio ya no estaban en el colegio porque habían concluido todas sus asignaturas y así podían también enfocarse solo en estudiar para la PSU. Mientras tanto, yo y el resto de mis compañeros estábamos tratando de enfocarnos en nuestros respectivos exámenes, ya que era la época en que podías tanto salvar el año como mandarlo todo al demonio, y los profesores no eran conocidos por ser compasivos. Solo quedaba una semana para las pruebas finales cuando una mañana el inspector mencionó mi nombre.

—El director quiere hablar con usted —ladró en un tono que no admitía excusas.

Vi por el raballo del ojo los rostros de miedo de mis amigos. No me atreví a mirarlos directamente, pero sí traté de mostrarme tranquila. Seguí al monstruo manteniendo las distancias. Después de todo lo que sabía, no podía imaginar cómo ese sujeto conciliaba el sueño por las noches. Seguramente estaba acostumbrado a salirse con la suya; en su mente no cabía la posibilidad de tener que hacerse responsable por sus actos. Conseguí calmarme pensando en que, si todo salía bien, este maldito ser humano iba a estar encerrado en la cárcel dentro de poco tiempo. Me aferré a ese sentimiento para no explotar de rabia hasta que llegamos a la oficina del Pingüino y el miedo comenzó a resurgir en mí.

Nunca había estado en ese lugar, un espacio más grande del que me imaginaba. Las paredes eran de un color amarillo seco, estaba repleto de estantes con informes divididos entre números y letras, y en el centro del lugar había un mueble largo con algunos documentos esparcidos que el Pingüino se apresuró a ocultar en uno de los cajones. Di un tímido paso adentro y la suela de mis

zapatos se topó con la textura de una alfombra vieja y sucia. Parecía que en su momento habría tenido colores bonitos como de un espacio silvestre, pero ahora no se percibía casi nada. Estaba vacía.

El sujeto hizo una seña para que me sentara, y así lo hice.

—Liliana Ibaceta —leyó mi nombre de un papel—. Eres una de las mejores alumnas de tu generación, aunque tus profesores dicen que te falta hablar más, tener un poco más de personalidad. Pero eso está bien, todavía vas en Primero Medio, tienes tiempo para ir desarrollando tus habilidades.

Decir que estaba confundida es poco. ¿Acaso me llamó para ofrecermé una evaluación de mi rendimiento o algo por el estilo? No, que supiera, nunca había hecho algo así; debía tener algún motivo oculto. Respiré profundo antes de hablar.

—Siempre intento mejorar —dije sin mirarlo a los ojos.

—Eso está bien, pero hay que tener cuidado con las juntas —sentía su voz resonar en mi cabeza—. La mala junta puede llevar a buenos estudiantes a perderse. Da lo mismo todas las condiciones que puedan tener; si no saben elegir con quiénes relacionarse, no van a llegar muy lejos, ¿no te parece?

—No lo sé —susurré.

—Lo sabes, no me vengas con respuestas vagas, Liliana. Mira que yo no soy una persona muy paciente, menos estas últimas semanas. Te voy a decir bien por qué te llamé. Me he dado cuenta de que eres amiga de Andrea Riffo, ¿es cierto?

—Sí —no creí que tuviera sentido negarlo—. Somos amigas.

—Esa chica es de las peores juntas que podrías tener, niña. Si te importa tu futuro, vas a tener que comenzar a elegir con pinzas a tus cercanos. Rodearte de personas mediocres e inmaduras te va a terminar convirtiendo en lo mismo. Sería una pena ver tu futuro irse a la mierda por culpa de una pendeja que juega a ser revolucionaria.

—¿Qué quiere? —se me escapó un dejo de rabia en la voz que no le pasó desapercibido.

—¿Te molesta que hable así de tu amiga? Deberías empezar a velar por tu bienestar. Como dije, esas personas solo te van a arrastrar abajo. Pero eres una buena estudiante, así que te voy a dar una oportunidad, Liliana. Sé que Andrea ha estado involucrada en esa radio de mierda. Solo me hace falta una evidencia irrefutable. Si sabes algo al respecto, es tu obligación decírmelo.

Como no decía nada, se comenzó a impacientarse.

—No me vengas a poner esa cara. Eres su amiga, se te ha visto con ella en varias ocasiones, así que algo tiene que haberte dicho.

Durante un oscuro momento, mi cerebro sopesó la posibilidad de echar la culpa de todo a Andrea. Obviamente, eso era lo que esperaba escuchar el director. Lo más probable es que yo saldría libre de culpas, y en una de esas, hasta me ayudaría con mis posibilidades de entrar a la educación superior. Lo pensé, me odié cada segundo, pero lo hice. Gracias a Dios, ese pequeño rato me bastó para saber que jamás iba a traicionar a mi polola. Si este tipo quería destruirnos, yo me encargaría de acabar con él primero. Teníamos todo preparado; solo nos faltaba el toque final.

—No sé qué espera de mí, director —dije reuniendo todo el valor que pude—. Ni Andrea ni yo tenemos nada que ver con esa radio.

Se quedó observándome un buen rato; tal vez se planteó qué tanto podía presionarme. Por mi parte, tenía claro que no diría nada de Andrea. No pensaba culparla por mis acciones, y mucho

menos iba a revelar mi identidad ante ese maldito. No me importaba lo que me ofreciera o con lo que me amenazara; me iba a mantener firme en mi postura, pasara lo que pasara.

—Espero que estés segura de tu decisión —dijo, visiblemente enojado—. Si me llego a enterar de que sabías algo, niña, te prometo que no vas a tener ni siquiera un futuro. Me voy a encargar de eso personalmente. Conozco a mucha gente influyente. Solo tengo que hacer un par de llamadas y vas a pasar el resto de tu vida de trabajo mediocre en trabajo mediocre. Y olvídate siquiera de poder entrar a la universidad. Te voy a quitar todo lo que sueñas.

Sentía una manta rodeando mi corazón; me apretaba un poquito más con cada palabra que salía de su boca. Veía por qué Antonia le tenía tanto miedo; todo en él indicaba peligro. Sinceramente, no entendía cómo lo habían puesto a cargo de una institución que se encargaba de enseñar a niños y adolescentes. Después de dudar unos segundos, asentí con la cabeza y repetí mi mentira. No tenía ningún tipo de información sobre la radio ni de quienes la hacían. Se vio claramente decepcionado, pero me dejó ir, no sin antes darme una mirada de odio. Una que repitió el inspector al verme salir, aunque no me quedé el tiempo suficiente para apreciarla en profundidad.

Regresé hasta el salón de clases e hice una seña a mis amigos para que no se preocuparan. Había conseguido entrar y salir de la oficina del Pingüino sin revelar nada; eso debía considerarse un completo logro.

Posteriormente, me enteré de que no había escapado de mi encuentro con el Pingüino sin consecuencias. Desde esa reunión, Juan, el inspector, me seguía siempre que podía en el recreo, incluso, se me quedaba mirando cuando salía del colegio, lo que era terrorífico. Supuse que el director se dio cuenta de que no había sido completamente honesta, eso o simplemente era un psicópata.

Esa misma semana se hizo otra pequeña ceremonia donde el mismísimo Pingüino celebró a algunos estudiantes del Primero Medio A. Con eso, tuve claro de que, de alguna forma, tuvieron que haber estado implicados en esas personas que nos suplantaron. Odié ver la sonrisa de Fernanda allí mientras el resto de los estudiantes aplaudía por inercia. Aunque mi rabia se convirtió en cierta paranoia, comencé a verla y a su grupito de amigos por todos lados. ¿Sería posible que me estuvieran espiando? Me parecía desproporcionado, aunque no imposible. Si habían traicionado a todo el colegio por beneficio personal, supongo que les daba lo mismo actuar como los minions del Pingüino.

Entre todo el asunto, pensé que las cosas no podrían empeorar. Sin embargo, recibí una llamada de Antonia, quien me agradeció por haberla ido a ver. Lamentablemente, no deseaba continuar con la demanda y el juicio. Me dolió en el alma que esa fuera su respuesta, pero no la culpé. Había experimentado de primera mano cómo era recibir una amenaza del Pingüino, y con todo el miedo que me generó, no podía siquiera imaginar cómo sería para Antonia.

Karen estaba un poco enojada conmigo por haber ido a hablar con Antonia sin decir nada a nadie, pero estábamos tan ocupadas organizando todo que no tuvo mucho tiempo para verse molesta. Andrea no se preocupó, aunque sí me dijo que debía respetar su decisión. Lo último que necesitaba era a otras personas tratando de controlar su vida. Lo entendía bien, y prometí a ellas y a mí misma no volver a tocar el tema.

Con todo lo sucedido, el plan se había convertido en enviar un informe con los distintos tipos de abusos originados en el colegio a Carabineros, a distintos diarios de la comuna, incluso publicarlo por redes sociales. La idea era causar mucho ruido, aunque como no teníamos a nadie

que testificara la veracidad de los hechos, lo más probable era que quedara sin ningún tipo de pena para el Pingüino.

—Pero sí generará ruido a su alrededor. Tendrá que vivir con la sombra de las cosas que ha hecho persiguiéndolo a donde sea que vaya. No es lo mismo que pagar por sus crímenes, pero es algo.

—Es algo —murmuró Andrea, cabizbaja.

—Supongo que tendrá que ser suficiente —dije, desanimada.

Nos despedimos con un episodio final

Llegué a casa sintiéndome desesperanzada, incluso mi mamá se dio cuenta. Afortunadamente, no me hizo preguntas, algo que agradecí porque estaba aburrída de mentirle. Una de sus maneras de demostrar afecto era preparando algo rico para comer; dentro de poco, tenía lista una rica leche asada. Me recordó esos momentos en que mi abuela nos cocinaba cuando las dos estábamos abrumadas por nuestros problemas. Vi en los ojos de mi mamá que ambas estábamos pensando en lo mismo, sin embargo, no me hizo ningún comentario. Desde el día en que lloramos recordándola, no habíamos vuelto a mencionar su nombre.

Nunca nos pusimos de acuerdo, pero tuvimos un acuerdo no verbal sobre seguir nuestras vidas con la mayor normalidad posible. Eso incluía no indagar en los oscuros secretos familiares, especialmente cuando no podíamos hacer algo para solucionar las cosas. Los días pasaron, tuve los exámenes finales y, dentro de poco, estaba lista para terminar con uno de los años escolares más movidos de mi vida. Me parecía irreal que hubiera iniciado la última semana de clases, siendo que parecía ayer cuando decidí, junto a mis amigos, iniciar un programa de radio online.

Ya nadie parecía estar interesado en Error 404 Not Found. Todos hablaban sobre las vacaciones y las cosas que iban a hacer. Yo trataba de incluirme en las conversaciones, no obstante, mi cabeza daba mil vueltas a todo lo sucedido. Tener las manos atadas me daba rabia, me sentía impotente. El resto del mundo seguía en movimiento, mientras yo continuaba paralizada mentalmente. Esa última semana se utilizaba como espacio para evaluar el desempeño de cada curso, de los profesores. Se hacían reuniones por cada grupo de estudiantes para hablar sobre nuestros sentimientos y esas cosas. Estas actividades no eran obligatorias, así que muchos alumnos simplemente no asistían y empezaban sus vacaciones anticipadamente. Usualmente, yo era una de esas; sin embargo, quería quedarme hasta el último momento posible junto a mis amigos.

Sorprendentemente, pasé a segundo medio con muy buenas calificaciones. Incluso conseguí una distinción especial en la asignatura de Lenguaje y Comunicación por mi excelente desempeño, a pesar de no estar completamente de acuerdo con eso, ya que me pasé la segunda mitad del año enfocada en otras cosas. Acepté el título feliz y mi mamá estuvo muy contenta. Extrañamente, todos lo estaban, incluso mis amigos, mi polola, mis compañeros. Disfrutaban haber concluido este período y, por alguna razón que no entendía, yo me sentía un poco molesta de verlos dar vuelta la página tan fácil. Llegué a cuestionarme si me estaba portando como una exagerada.

Andrea compartía en algo mi sentimiento, aunque estaba más enfocada en su futuro universitario. A pesar de las amenazas del Pingüino, consiguió buenas calificaciones. Así que, cuando tuviera sus resultados de la PSU, podría postular a buenas universidades. No se lo dije, pero eso me ponía un poco nerviosa, ya que lo más probable era que terminara estudiando en Santiago. Aunque no se encontraba muy lejos de San Felipe, seguía siendo otra ciudad, un lugar diferente donde conocería a muchas personas. Continuaría con su vida mientras yo seguía atrapada en ese colegio. Me recalco cientos de veces que deseaba continuar con nuestra relación, pero igualmente tenía miedo de perderla. Claro que no le dije nada porque no quería influir en su decisión. Habría sido muy egoísta de mi parte.

Esa misma semana también me llamó Antonia. Estuvimos hablando un buen rato sobre lo que nos había sucedido. Continuamos intercambiando sentimientos respecto a nuestras historias

personales. Por alguna razón, podía contarle todo lo relacionado con mi abuela sin sentirme juzgada; me parecía que el sentimiento era mutuo, y agradable poder ventilar esas cosas. No quería arruinar el momento preguntándole si pensaba cambiar de idea algún día sobre su testimonio. Aunque de todas maneras, al final me pidió disculpas por haber abandonado el proceso, pero no contaba con las fuerzas necesarias. No la culpé; de hecho, a esas alturas la entendía, y lo último que hacía falta en su vida era otra persona tratando de hacerla sentir culpable. Quedamos en hablar otro día; la verdad, me agradaba mucho. Sentía que, tal vez, algún día podríamos llegar a ser buenas amigas; esperaba que así fuera.

Nuestra conversación se sintió como un cierre total para mí. Seguía sin estar feliz, pero creo que mi corazón podía dejar eso atrás y enfocarme en otras cosas. Ese mismo día comencé a trabajar con mi mamá en arreglar unas prendas de ropa que le habían encargado. También avanzaba a buen ritmo con mi novela. Decidí enfocarme en una historia de ciencia ficción con algunos elementos de terror. Estaba entusiasmada de poder pasar horas pegada al papel. Al menos tenía una buena inspiración para los héroes y villanos. Podía rescatar eso. Llevé mi libreta al colegio todos los días de la última semana para continuar escribiendo. Le pedí ayuda a mis amigos, quienes eran muy buenos en dar ideas que resultaban bastante útiles.

El penúltimo día de clases me encontraba escribiendo en una banca del patio. Nicole vendía chocolates a unos niños que jugaban a la pelota y Oliver veía videos sobre videojuegos. El frío había pasado y corría una brisa bastante agradable. Estaba tranquila hasta que levanté la cabeza del papel y, por un segundo, observé a Camila entrar rápido al baño. Desde el día en que el profesor Carlos la había humillado y enviado donde el Inspector, se había vuelto un poco apagada y hablaba incluso menos que yo en clases. Algo que no me extrañaba, ya que todo lo que vivió debió ser un golpe muy fuerte a su autoestima. A veces deseaba hablar con ella, pero no éramos muy cercanas y me imaginaba que la conversación sería incómoda. Tal vez todavía seguía estando un poco loca porque ignoré ese pensamiento y fui al baño para ver cómo estaba. La vi lavándose las manos, aunque al percatarse de mi presencia, se encerró en uno de los cubículos. Tímidamente, golpeé la puerta.

—¿Camila? ¿Estás bien?

—Ándate, Lili —por su voz me di cuenta de que había estado llorando. Empecé a ponerme un poco nerviosa; de pronto, tuve un horrible presentimiento—. No quiero ver a nadie.

—Si necesitas algo, yo te puedo ayudar —mi intuición me gritaba que la presionara un poquito más—. Puedes confiar en mí.

—No entiendes —susurró—. De verdad, Lili, déjame sola, por favor...

Revisé el lavamanos que había estado usando. Se podían ver unas pequeñas manchas difusas de color rojo. No tenía la menor duda, era sangre. Le habían hecho algo, y si me iba, quizá eso terminaría como otro de esos horribles secretos.

—¿Te pegaron, Camila? —traté de ser directa—. Vi las manchas de sangre; por favor, déjame ayudarte. Te prometo que nada malo te va a pasar; yo estaré aquí.

Estuve esperando un buen rato hasta que la puerta se abrió de a poco. Me sorprendió no ver rastro de una herida en su rostro. Antes de que pudiera hacer cualquier pregunta, la pobre chica se puso a llorar y me contó lo sucedido, y por supuesto, había sido el monstruo del inspector. Desde el día en que la habían castigado frente a todos, lastimar a Camila se había convertido en su pasatiempo personal, pero siempre en lugares que no dejaran marcas a la vista. Me enseñó moretones en su estómago, en los muslos de sus piernas y en su espalda. Algo en sus ojos me indicaba que se estaba guardando parte de la historia. La presioné de a poquito, y me reveló que

el inspector también la tocaba, y los golpes eran un recordatorio de lo que le sucedería si alguna vez se atrevía a contarle a alguien sobre eso. Sentí una rabia como nunca antes en mi vida, era la misma historia de Antonia. Lo que significaba que ese tipo debía haber hecho lo mismo, quizá cuantas veces y nunca había sido detenido. Con la ayuda del director, jamás iban a capturarlo. A mi parecer, ambos eran culpables de todas las chicas abusadas en ese lugar.

Ayudé a limpiar sus heridas y le prometí guardar su secreto, algo que obviamente no iba a mantener. Ese fue un punto de no retorno; tuve la certeza de que, si no actuaba, sería cómplice de todas las chicas que serían abusadas en ese lugar. No existía fuerza en el planeta que pudiera acallar la rabia que crecía en mi pecho, y solo quedaba una opción posible. Pedí a mis amigos que se reunieran en mi casa para ayudarme a preparar todos los equipos de la radio. Estaba completamente decidida. La única forma de terminar con esto era generar tanto ruido como pudiera, así que iba a llevar los equipos al colegio y realizar una última transmisión desde allí mismo. Revelaría todas y cada una de las atrocidades ocurridas en el colegio y daría los nombres y apellidos de todos los implicados. No me guardaría absolutamente nada. Era una medida desesperada, y claramente iban a atraparme y culparme por todo lo relacionado con la radio. Y me daba absolutamente lo mismo; no me iba a quedar callada cuando había gente siendo abusada en ese colegio de mierda. No iba a ser otra cómplice.

Obviamente, mis amigos, incapaces de ver el fuego que emanaba de mi corazón, me dijeron que estaba loca y que mi plan era totalmente desquiciado. También admito que no estaban completamente equivocados.

—Si vas a hacerlo, por último, hazlo desde tu casa

—Razonó Oliver—. Hacerlo en el mismo colegio es un suicidio; harás que te atrapen.

—Esa es la idea —aclaré—. Si eso pasa, se va a generar un show mediático porque todos están atentos a si la radio vuelve. No podrán esconder nada de la información que tenemos.

—Y de paso te puede meter en la cárcel. —Oliver de verdad no me entendía—. ¿Por qué tienes que hacerlo tú?

—Porque si yo hubiera sido una de las chicas que han sido abusadas, me gustaría saber que hay alguien allí afuera dispuesta a darlo todo con tal de encontrar justicia. No harán que cambie de idea, haré esto. Solo necesito que me ayuden a llevar los equipos. No les pediré que hagan la transmisión conmigo. Sé que esta es una medida desesperada.

Nicole, que había estado en silencio ese rato, me miró fijo antes de hablar.

—¿De verdad es tan importante para ti?

—Lo es. —Pensé en mi abuela, Antonia, Camila, en todas las chicas del colegio—. No hay nada más importante.

—Bien, entonces estoy contigo —dijo sin dudar—. Te ayudaré. No solo con llevar los equipos; haré el programa contigo. Llegó el momento de mandar a esos psicópatas a la mierda.

—No tienes que hacerlo —dije, aunque me sentía sumamente agradecida por su apoyo—. Esto podría traernos consecuencias muy serias.

—Las consecuencias serias ya las están viviendo las chicas que han sido abusadas. —Nunca había escuchado a mi amiga hablar tan seriamente—. Además, eres nuestra amiga, Lili. Yo estoy contigo hasta el final, pase lo que pase.

—Supongo que es mi culpa por elegir amigas dementes —murmuró Oliver después de estar callado unos segundos—. A la mierda con todo. También te ayudaré, Lili. Nicole tiene razón; si hay algo que podemos hacer para ayudar, es nuestra obligación. Es lo que haría un verdadero Anonymous.

Lo último que deseaba era arrastrar a mis amigos a un plan kamikaze, pero verlos allí, dispuestos a darlo todo para apoyarme, fue una de las sensaciones más lindas que había sentido en el último tiempo. No podía pedirle al mundo mejores amigos que esos dos. Además, debía ser lo correcto; después de todo, los tres habíamos comenzado esto y tenía lógica que le pusiéramos un final. Y si podíamos llevar a esos abusadores a la justicia, entonces todo valdría la pena.

Lo importante era actuar de manera inteligente; ya no estábamos en juegos de niños y si no le tomábamos la importancia que necesitaba, las cosas podrían terminar peor para todos los involucrados. Junto a Nicole, dimos los últimos arreglos a los informes con toda la información de abusos cometidos en el colegio. Me dolió eliminar la de Antonia, pero respeté su decisión. Nuestro plan era enviar todo a distintos diarios de la ciudad el mismo día de nuestra transmisión. También nos contactamos con el abogado para dejar constancia de cómo íbamos a avanzar respecto a la evidencia.

Oliver nos ayudó a preparar el computador, los programas, todo lo necesario para asegurarnos de su buen funcionamiento. Llegó a la conclusión de que lo mejor sería usar su laptop para ahorrar tiempo, ya que los equipos del colegio eran bastante antiguos y contaban con múltiples virus. Pasamos las últimas horas trabajando en ello, y ni por un segundo se me pasó por la cabeza incluir seriamente a Andrea. Sabía que, si supiera sobre eso, vendría corriendo para ayudarnos, pero no quería que otra persona importante para mí se viera implicada, menos cuando estaba en proceso de ver su futuro universitario. Asimismo, decidí dejar fuera a Karen; también había hecho suficiente. Además, sería imposible incluirla sin que Andrea se enterara, porque esas dos se contaban todo.

Mis amigos llamaron a sus respectivas casas para preguntar si podían quedarse a dormir, porque teníamos mucho qué organizar. No hablamos de cómo nos sentíamos, pero solo bastaba echar un vistazo a nuestras caras para darse cuenta de lo nerviosos que estábamos. Literalmente hacíamos un ataque kamikaze, porque nos atraparían de una forma u otra. De hecho, llegamos a la conclusión de no utilizar los programas para modificar la voz, ya que nuestras identidades iban a quedar reveladas de todas formas. Y siendo completamente sincera, una parte de mí deseaba que el Pingüino escuchara el programa y supiera que todo este tiempo había sido yo y que lo había conseguido hacer en sus propias narices.

La mañana del último día de clases amaneció más clara de lo usual. Mi mamá se despidió de nosotros y partió a su trabajo sin siquiera imaginar lo que tenía planeado. Me sentí culpable de todo lo que esto iba a provocarle, sin embargo, estaba decidida a cumplir mi objetivo y nada me iba a detener. Después tendría que afrontar las consecuencias; no tenía dudas de aquello. En el momento en que mi mamá cerró la puerta, guardamos los equipos en nuestras mochilas y los micrófonos en un bolso. Antes de cerrar la puerta detrás de mí, me detuve por unos segundos y eché un último vistazo a la foto de mi abuela; parecía que me devolvía la mirada.

—Esto es por ti, abuelita —susurré y cerré con decisión.

Antes de dirigirnos al colegio, pasamos frente al Diario de Aconcagua, el edificio donde trabajaban los encargados de dar las noticias a la comuna. Tenían una pequeña casilla para entregar información; dejamos las copias de algunos documentos con todo lo recopilado hasta entonces. Al enviar los sobres, supe que no había marcha atrás. Mis amigos y yo nos miramos asustados por un breve instante, era el primer paso de un plan que llevaríamos a cabo hasta el final.

En el Liceo Aconcagua de Excelencia, el último día de clases, se realizaba una pequeña ceremonia donde se premiaba a los mejores alumnos. Cada asignatura entregaba un diploma por

grado, además de una medalla al mejor estudiante del año. De hecho, era un poco gracioso porque a mí me correspondía el de Lenguaje y Comunicaciones; el mismísimo Pingüino me debería entregar el diploma con el reconocimiento. Sin embargo, estaba segura de que en un rato más tendría más ganas de matarme que de felicitarme. Como esta ceremonia sí se consideraba obligatoria, en el camino encontramos a muchos estudiantes. Todos parecían molestos de tener que asistir ese día solo para esa cochina premiación que, siendo honestos, a la gran mayoría no nos importaba en lo absoluto. A pesar de ser un momento de celebración, el mismo colegio se veía apagado. Al borrar los rayones y palabras de protesta, habían dejado las paredes del recinto con sus colores desteñidos, sin vida, tal como el alma de las personas a cargo.

Pasé rápido por el baño antes de subir al edificio y, en una esquina del cubículo en que me encontraba, pude ver que estaba escrito “Error 404 Not Found: La Radio de la Verdad”. No pude evitar sentir una pequeña chispa de orgullo, todavía quedaba al menos una persona que nos recordaba. Con un poquito de suerte, dentro de un rato serían muchos más.

En el patio central había un par de chicos junto a algunos ayudantes de la escuela preparando un escenario. Tenían unos pequeños podios de madera y unas cortinas color rojo oscuro que siempre usaban en este tipo de ocasiones. Vi a Fernanda dando órdenes a un grupo de sus amigos para organizar los escenarios. Encontré algo narcisista que preparase todo para que la celebraran a ella, porque claramente iba a ser una de las alumnas premiadas.

Dejamos a esos pateros seguir trabajando y subimos las escaleras directamente al tercer piso, a la sala de clases del cuarto medio B, el curso de Andrea y Karen. Al haberse graduado antes que los demás, tenían esa sala desocupada. En la pizarra había escrito un mensaje de despedida donde todos los alumnos dejaron una firma. Entre ellas, encontré la de mi polola. Tuve un pequeño acceso de locura y, con un plumón que tenía en la mochila, le dibujé un par de corazones alrededor de su nombre. Nadie podría decir que no era una romántica.

—Concéntrate, Lili —susurré para mí misma.

En todas las salas de clases había un escritorio de madera, usualmente con marcas de líneas hechas con tijeras u otras cosas. Nunca faltaba el compañero que se dedicaba a dejar su huella. Este escritorio tampoco tenía el mejor equilibrio; sin embargo, era perfecto para colocar nuestros equipos. Mis amigos se preocuparon de eso mientras yo cerraba las cortinas, además de preparar las sillas y mesas de la sala para bloquear la puerta. Seguramente eso no detendría a nadie de poder entrar, pero les haría las cosas más difíciles.

En mitad de nuestro trabajo, se escuchó la voz del Pingüino dando comienzo a la ceremonia. Todos los estudiantes estaban reunidos en el patio en torno al pequeño escenario que habían construido. Algunos aplaudían las palabras del director, aunque ninguno con cara feliz, con la excepción de Fernanda, que seguramente debía tener las manos rojas de aplaudir tan fuerte.

Me llamó la atención que estaba en un sector ubicado al lado izquierdo del escenario y miraba una laptop que parecía vinculada a un equipo de música. La idea cruzó por mi cabeza tan rápido que parecía siempre haber estado allí.

—¡Chicos! —Hice una seña para que se acercaran—. ¿Qué les parece si vinculamos nuestro programa de radio con los equipos de música?

—¡¿Qué?! —Se asustó Oliver—. ¿Por qué quieres hacer eso?

—La idea es hacer ruido ¿no? —se me adelantó Nicole—. Imagínense la cara de esos imbéciles cuando se den cuenta de lo que hacemos. Me parece perfecto, pero ¿cómo lo haríamos?

—Fernanda tiene una laptop vinculada con los amplificadores de la música —señalé—.

Pensé que tal vez Oliver podría implantar un virus o algo así para poner nuestro programa.

—¿Implantar un virus? —su voz sonaba un poco exasperada—. Has visto demasiadas películas, Lili, no puedo hacer eso. No tenemos el tiempo ni vengo preparado para algo así, no sabría ni por dónde empezar.

—Pero debe haber una forma —dijo Nicole—. Vamos, Oliver, tú eres el que sabe de estas cosas, puedes sacarte una idea.

—De verdad quisiera ayudar con eso, pero no sé cómo... —Quedó pensativo un momento—. Bueno, tal vez haya una forma. No puedo implantar un virus, pero sí podríamos vincular la computadora de Fernanda a nuestro equipo para transmitir el audio del episodio a los parlantes del colegio; de esa forma, nos escucharían dar el mensaje en vivo.

—¡Es perfecto! ¡Bien hecho, niño cabezón! —lo felicitó Nicole.

—No es tan fácil —explicó Oliver—. Para hacer que esto funcione, uno de nosotros debería ir abajo, conseguir hacerse con la laptop de Fernanda y vincularla con nuestros equipos, de esa forma nos aseguraremos de que la conexión no se corte en ningún momento. También sería necesario desvincular los micrófonos de los equipos que tienen abajo en el patio o sino podrían hablar mientras transmitimos para tratar de callarnos. Eso requerirá a otra persona que pueda desconectar todo.

—¿Eso lo hacemos sacando el cable vinculado a los equipos? —pregunté, confundida.

—Eso creo.

—Quizá debamos ser un poco más avisados —inquirió Nicole—. Miren, si solo desconectamos los micrófonos, pueden ir y conectarlos fácilmente; lo mejor sería quitar los cables y después esconderlos en alguna parte, tal vez en una sala de clases desocupada o algo así, eso puedo hacerlo yo. Seguro los terminarán encontrando, pero tendremos un par de minutos.

—Me parece la mejor idea, sólo no desconectes los equipos hasta que inicie la transmisión o sospecharían —opinó Oliver—. Ahora, en cuanto a la computadora de Fernanda, podría eliminar un componente del programa que utilizan para vincular los equipos del colegio; de esa forma, incluso si quieren utilizarlos, no funcionaría y tampoco podrían cortar nuestra transmisión. No sería difícil hacerlo pasar por un error del equipo.

—Y eso dejaría solo a una persona para realizar la transmisión de la radio —concluí—. Yo seré la encargada, fue mi idea y llegaré hasta las últimas consecuencias, además así es mejor para ustedes, podrían salvarse de esto sin que los identifiquen como parte de la radio, les prometo que no diré sus nombres sin importar con qué me amenacen.

—Yo estoy dispuesta a quedarme hasta el final —aclaró Nicole—. No tienes que hacerlo tú, Lili.

—Yo también —agregó Oliver—. Estamos contigo, pase lo que pase.

—Lo sé. —Les di un abrazo a ambos con todas mis fuerzas—. Sé que estarían conmigo sin importar las consecuencias, pero yo soy la que tiene que hacer esto. Es mi decisión.

Mientras nos abrazábamos, el Pingüino había comenzado a hacer subir a los estudiantes que iban a premiar. Todavía teníamos tiempo, ya que se dedicaba a dar un pequeño discurso por cada alumno, además de lo que el profesor de la asignatura específica deseara decir. Quedamos en que ambos me dejarían una llamada perdida en el teléfono cuando estuviera todo listo. Dicho esto, Oliver se fue decidido a cumplir con su objetivo sin mirar atrás; Nicole tardó un poco más, ya que tenía que arrastrar la extensión del cable. Antes de salir, me entregó una última sonrisa y se fue a paso rápido. Cuando me quedé sola, eché un vistazo al patio y observé que ya estaba subiendo al escenario el segundo estudiante. Tenía los nervios a mil, así que comencé a bloquear

la entrada con las sillas y mesas tan rápido como me daban las manos. Asimismo, me preocupé de amontonar todo de manera desordenada para que ingresar fuera un completo caos. Una vez bloqueada la entrada, me dirigí a la ventana para espiar lo que sucedía abajo. No quería que algo me pillara por sorpresa; tenía las manos más sudorosas y apretadas con cada segundo que pasaba.

El lado lógico de mi cerebro me gritaba que era una locura, nadie iba a salir con un final feliz; me ignoré todo lo que pude. Sin embargo, sería una mentirosa si no confesara haberme planteado irme de allí. Aún tenía tiempo; si era rápida, escaparía y podría vivir mi vida como si nada de esto hubiera pasado. Tan solo tendría que aceptar reconocermelo como una cobarde por el resto de mi vida. Obviamente, no deseaba eso, pero el miedo se hacía más fuerte con cada latido de mi corazón. Al final, seguí mirando hacia abajo, tratando de encontrar a mis amigos para así no distraerme con mis pensamientos.

Después de unos minutos que viví como una eternidad en el infierno, mis ojos se encontraron con la imagen de Oliver. No sé qué truco habrá utilizado, pero consiguió que Fernanda dejara su equipo por un rato y enseguida procedió a desmantelar el programa. Incluso desde lejos podía notar lo concentrado que estaba en su tarea. Por otro lado, encontré a Nicole en el otro extremo del escenario. Aunque no entendía bien qué hacía porque no estaba con el cable de la extensión, parecía buscar algo entre los equipos de música. Respiré profundo y confié en mis amigos; decidí dejar de observarlos y enfocarme en mi trabajo. El equipo estaba prendido, micrófono y audífonos preparados, solo faltaba tener la señal. Mientras esperaba, saqué un lápiz de mi mochila y escribí en una parte debajo del escritorio "Error 404 not found". Si iba a hacer un último acto antes de ser atrapada, al menos dejaría mi marca. No era perfecto y tampoco necesitaba serlo; quedé satisfecha.

Una llamada perdida apareció en mi teléfono; era Oliver. Volví a respirar profundamente. Dentro de poco me necesitaría con mi cerebro funcionando a todo su potencial. Al menos esperaba con el corazón que fuera así, ya que no tenía ningún discurso preparado. Esperé a mi amiga sin tener idea de cuántos estudiantes ya habían sido premiados. Lo importante era que el Pingüino seguía hablando y mientras fuera así tenía tiempo para cumplir con mi tarea. Ordené mis ideas tanto como pude, pero antes de sentirme completamente preparada, mi teléfono sonó; era la llamada perdida de Nicole. Precisamente en ese momento se escuchó la voz de Fernanda desde el escenario. Imaginé que el director la había dejado para el final. Mis manos flotaron hasta el computador casi por voluntad propia. No tenía sentido retrasar lo inevitable, así que mandé un enlace para escuchar el programa en vivo a todos los correos que habíamos conseguido los últimos meses. Incluso incluí a Andrea y le dejé un pequeño texto que decía "perdón por no decirte nada, pero esto era algo que tenía que hacer sola. Te amo".

—Que empiece el show... —suspiré y presioné el botón de play.

Durante unos horribles segundos se escuchó un pitido muy agudo y molesto en toda la escuela, pero gracias al cielo se estabilizó tan rápido como empezó. Afuera el micrófono de Fernanda se apagó en el acto, voces confundidas y risas nerviosas se oían desde el patio. Sabiendo que no contaba con mucho tiempo, acerqué el micrófono a mis labios, respiré profundo y dejé salir mis palabras:

—Hola a todos los estudiantes del Liceo de Aconcagua —me sorprendí de lo calmada que sonaba mi voz—. Mi nombre es Liliana Ibaceta y soy la persona que se encargó de crear la radio Error 404 Not Found, esta va a ser mi última transmisión y como tal, hablaré sobre algo que lleva años sucediendo en este colegio y que a nadie le ha importado detener, me refiero a los abusos que sufren los estudiantes y a sus respectivos responsables.

A pesar de que mi voz estaba amplificadas por los equipos del patio, se podían escuchar los gritos del Pingüino y algunos profesores, seguramente me buscaban, desesperados por detenerme. Me encontrarían dentro de poco así que debía elegir muy bien mis palabras, lo más importante no era que fuera perfecto, sino que toda la información pertinente saliera a la luz, solo tenía una oportunidad en esto, debía ser precisa.

—Desde hace mucho tiempo, el inspector Juan Acevedo y el director Luis Flores han estado abusando tanto física como psicológicamente de los estudiantes, eso todos lo sabemos, pero lo que la mayoría no sabía y en eso me incluyo, era cómo esos abusos habían progresado con el tiempo. Estoy hablando directamente de abuso sexual, estos hombres han utilizado su posición de poder para aprovecharse de estudiantes, poniéndolas en una situación de vulnerabilidad a la que nunca habían tenido que afrontarse. No daré nombres por respeto a que ellas mismas me lo pidieron, pero sí me especificaron detalladamente todas las cosas que les hicieron aquí, en algunos casos durando años. Digo esto y siento que tal vez deberíamos haberlo sospechado, no suena descabellado sabiendo de los monstruos que están a cargo de este colegio, al menos en mi caso siempre tuve miedo de hacerle frente a mis problemas o a cualquier cosa que requiriera valentía, pero ya no más. Estoy aquí y no guardaré silencio sin importar las consecuencias.

Los ruidos de quienes me buscaban se intensificaban. Podía escuchar puertas de los salones, abrirse a patadas, y los gritos de los adultos eran cada vez más fuertes. El miedo seguía presente en mí, sin embargo, el fuego dentro agarraba fuerza con cada palabra que decía. Continué con la transmisión sin guardarme absolutamente nada. Hablé de los detalles sórdidos, de cómo era su manera de amenazar a las chicas, de asustarlas para que no hablaran, mencioné todo lo que este colegio se pasó años tratando de esconder del ojo público. Hablé y hablé sin detenerme, excepto para tomar aire y ordenar mis ideas rápidamente, repetí sus nombres tantas veces como pude, no quería que alguien olvidara lo que habían hecho, también expliqué sobre el trauma que habían dejado en estas chicas, me parecía bien que todos supieran que esas heridas no se borraban solo dejando de tener contacto con los abusadores, sino que se incrustaban por debajo de la piel, a veces echaban raíces y podían atormentar a alguien durante años, incluso toda la vida, de eso tenía experiencia como observadora. Si mi intuición no me fallaba, me parecía que además de los gritos de los adultos se escuchaban voces de los estudiantes, que se volvían cada vez más fuertes, no tenía idea de qué estaban haciendo y no tenía tiempo para indagar en ello, no obstante, mi intuición me gritaba que acabábamos de comenzar el caos.

Sentí a mi abuela conmigo; no la vi en ningún momento, pero no tuve dudas de que su espíritu me acompañaba, me entregaba parte de su fuerza para mantenerme firme, me brindaba su compañía cuando más la necesitaba como siempre lo hizo cuando estuvo en este mundo. No fue la única; a pesar de que Antonia y Camila me expresaron no querer participar en esto, también las sentí a mi lado. Estaban todas apoyándome, en ese momento mi voz se convirtió en la de todas y me enorgullece decir que estuve a la altura.

Por supuesto que me encontraron; golpearon con patadas la puerta hasta que botaron todas las sillas y mesas, que salieron disparadas en todas direcciones. En ese segundo me despedí, dando las gracias a todos por su tiempo y corté la transmisión. De esa forma el programa quedaría grabado por al menos veinticuatro horas a menos que lo bajaran, sin embargo, eso daba tiempo para que algunas personas pudieran descargarlo. Si cada acción mía hacía que el mensaje llegara a una persona más, me daba por pagada.

Hacer esta última transmisión había sido tan extremo para mí que al terminar sentía mi percepción de la realidad un poco distorsionada, varias personas me gritaban, voces se dirigían a

mí, pero era incapaz de formar una sola sílaba más. Cuando recobré un poco de consciencia sentí que Juan me tenía agarrada por ambos brazos y me llevaba hacia abajo, a la oficina del director, suponía. Nunca en toda mi vida lo había visto tan enojado, llegaba a tener la cara roja de rabia, creo que de no ser por todos los grupos de estudiantes que nos observaban quizá me habría dado una paliza. A nuestro alrededor todos miraban con la boca abierta, algunos reían de manera nerviosa, otros estaban tan sorprendidos que parecían congelados en el tiempo, hubo un grupo que aplaudió cuando me llevaban hacia el pasillo que daba con la oficina, casi felicitando al inspector, aunque fueron muy pocos por lo que alcanzaba a ver. Por mi parte, mi cerebro todavía me disociaba de la realidad, ya que sentía como si no estuviera en el presente; de no ser por las dos personas que nos esperaban frente a la oficina del Pingüino, quizá no habría salido de ese estado.

—¡Chicos! —Eran mis amigos esperándonos—. ¿Qué están haciendo?

—¡Muévanse! —ladró el inspector.

—Nosotros también somos parte de la radio —dijo Nicole en voz muy alta—. Yo la ayudé desde el primer día, estuve presente en todas las transmisiones y fui parte importante en que llegara a más personas.

—Sí, Lili no lo hizo sola —agregó mi amigo—. Yo ayudé con todos los equipos, los programas, básicamente eché a andar la radio. Estas dos no habrían conseguido nada sin mí, así que si van a expulsarla nos tendrán que echar a los tres.

—¿Expulsarla? —El asomo de una risa apareció en el rostro del hombre—. Eso es lo mínimo que le va a pasar, eso se los prometo, pero gracias por decirme de su participación, cuantos menos niños de mierda estén en este colegio, por mí mejor. Ahora esperen aquí mientras hablo con el director. —Se fue, dejándonos unos minutos a solas y lo primero que hicimos fue abrazarnos.

Me di cuenta de que incluso lloramos un poquito, estuve a punto de golpearlos por admitir que me habían ayudado con la radio cuando tuvieron la oportunidad de salir libres de todo eso, sin embargo, tenerlos a mi lado era un regalo que mi alma agradecía con todo su ser. Estaba tan desorientada que no me sentía con las fuerzas para hacerle frente al Pingüino sola, me daba miedo lo que pudiera sucederme, así que sostuve las manos de mis amigos con mucha fuerza.

—No puedo creer que hicieron eso —susurré—. Pudieron haber salido de esto sin ninguna culpa.

—¿De verdad creíste que te íbamos a dejar sola?

—dijo Oliver con una sonrisa—. Además, prácticamente la radio fue nuestra idea, no sería justo que te apropiaras de todo el crédito.

—Los quiero mucho, estúpidos —dijo Nicole, dejando caer más lágrimas—. Pase lo que pase, estaremos juntos en esto hasta el final.

—¿No me equivoqué en nada de lo que dije? —pregunté.

—Fue perfecto, Lili —opinó Nicole—. Destruiste a ese viejo asqueroso, si este fuera un país justo, tu discurso pasaría a la historia como uno de los momentos más geniales de los estudiantes chilenos.

—Estoy de acuerdo —coincidió Oliver—. Creo que fue lo más valiente que he visto hacer a alguien en toda mi vida.

Nuevamente, los abracé, emocionada por sus palabras, supongo que si tenía que esperar mi sentencia no había mejores personas con quienes estar. Afuera del pasillo se escuchaban muchos murmullos de estudiantes y profesores, cientos de voces hablando al mismo tiempo, era como si

nadie pudiera contenerse ante lo sucedido, ni siquiera me era posible identificar si hablaban a favor o en contra nuestra, indudablemente habíamos generado el ruido que buscábamos. Eso era lo importante, que la gente hablara sobre lo sucedido, no me importaba si había algunos que nos trataran de mentirosos o algo parecido, el mensaje ya estaba afuera y nadie podría cambiarlo.

Esperamos hasta que el inspector abrió la puerta y nos obligó a entrar, el aire de la oficina del director era frío, detrás del escritorio se encontraba él, mirándonos fijamente. En mi cabeza imaginaba que esto debía ser parecido a entrar a la cárcel, estábamos a punto de ser condenados. A diferencia de Juan, el rostro del Pingüino no expresaba rabia, la verdad no dejaba ver ningún tipo de emoción, no obstante, nunca había visto una mirada tan amenazante en los ojos de una persona, la palabra enojado no alcanzaba a describir su estado mental, irradiaba un odio profundo hacia nosotros, podíamos percibirlo.

Nos quedamos en silencio, esperando nuestro veredicto mientras nos torturaba en silencio, solamente con su mirada. Cuando encontró que era suficiente hizo un gesto con la mano e hizo salir a su mano derecha, entonces dirigió sus ojos hacia mí sin pestañear una sola vez, quizá fuera por mi estado de rebeldía o por sentirme disociada de la realidad, pero le aguanté la mirada cada maldito segundo, no quería dejarle saber que podía asustarme, aunque por dentro estaba muriendo de miedo.

—Liliana Ibaceta —comenzó, ignorando por completo a mis amigos—. No sé qué esperabas conseguir haciendo esta estupidez, pero te voy a decir qué va a pasar de ahora en adelante, tú y tus amiguitos están expulsados, no van a asistir más a este colegio, de hecho, no van a asistir a ninguno porque voy a mover todas mis influencias para que ni un solo colegio en todo el Aconcagua los reciba. Pero no terminará solo en eso, también los voy a demandar en tribunales, así que vayan consiguiéndose un buen abogado porque los voy a atacar con todo lo que tengo, pendejos de mierda, les prometo que no voy a descansar hasta que sus vidas sean una basura y me vengan a pedir perdón de rodillas.

—Prefiero morir antes que pedir perdón —dejé salir, sorprendiendo a todos, pero no me detuve—. Eres un violador asqueroso que se aprovecha de sus alumnos y ahora todo el colegio lo sabe, nos puedes expulsar, nos puedes demandar, podrías incluso matarnos, pero ya da lo mismo porque la gente jamás olvidará lo que eres. Y mientras yo esté viva nunca dejaré de decirlo.

Todos se quedaron de piedra ante mis palabras, incluso yo, podía notar la mandíbula del Pingüino endurecerse de rabia, no estaba acostumbrado a que alguien le hablara así en persona y su rabia comenzaba a mostrarse en su rostro, sin embargo, momentos antes de que pareciera explotar se escucharon muchas voces de protesta afuera de la oficina, seguidas de golpes bruscos contra la puerta. Todos nos asustamos y nos miramos, confundidos, por un horrible segundo. Imaginé que serían personas buscando pegarnos, no obstante, el Pingüino se veía tan perdido como nosotros.

—¡Sácalos de aquí! —Gritó a su mano derecha, pero fue inútil, ya que en ese momento la puerta se abrió de golpe y para mi sorpresa Fernanda entró de las primeras, liderando a un grupo de estudiantes—. ¡Largo de aquí!

Sus ojos se posaron sobre mí y tuve un repentino acceso de miedo. Instintivamente, levanté mis manos con la intención de cubrirme la cara, pero ella tomó una silla de la oficina la colocó a mi lado y se sentó de golpe, dejándome sin palabras. Nos dimos una mirada rápida y creo que nos entendimos, me quedó claro que no era mi enemiga, en ese momento al menos. El grupo de alumnos que la acompañaban se quedaron de pie, detrás de nosotros, todos tenían una mirada desafiante y rebelde, algo inusual en ellos.

—¿Es verdad? —habló Fernanda con los brazos cruzados—. Lo que dijo Liliana por la radio, ¿es verdad?

—¡Tú no tienes ningún derecho a venir a hacerme preguntas! —gritó el director, comenzando a perder el control de la situación—. ¡Ahora lárgate de aquí o te voy a expulsar! ¡Los voy a expulsar a todos!

—¡Tengo el derecho si es que eres un violador! ¡¿Crees que vamos a permitir que un viejo degenerado como tú esté a cargo de un colegio?! ¡Ándate a la mierda!

—¡Sácalos de aquí! —gritaba el director a su mano derecha, sin embargo, había tantos estudiantes que era imposible controlar la masa.

A pesar de nuestras diferencias me sentía agradecida de tener el apoyo de Fernanda, era buena para pelear y siempre encontraba palabras hirientes, así que se trataba de una buena aliada para esta situación. Podía darme cuenta de que estaba tan sorprendida como yo de lo que estaba haciendo, esa era una sensación con que me podía identificar, supuse que las situaciones difíciles también podían sacar a la luz lo mejor de las personas. Ambas nos mantuvimos firmes y pronto todos los estudiantes de afuera nos acompañaron, en poco tiempo la oficina estuvo casi repleta de gente, el resto se unió desde el pasillo y el patio, nadie se movió un centímetro sin importar cuánto nos amenazaron y gritaron. Eventualmente, llegaron los Carabineros y los estudiantes que estaban más cercanos a la puerta de entrada del liceo les dijeron lo que estaba sucediendo, teníamos prácticamente a todo el colegio de nuestro lado, sin embargo, igualmente nos terminaron llevando a la comisaría para dar una declaración.

Estuvimos alrededor de una hora y media porque teníamos mucho que contar, los Carabineros no parecían muy convencidos con nuestro relato, de hecho, nos repitieron varias veces que sin importar nuestras intenciones nuestro actuar no había sido el correcto y por un segundo me asusté pensando en que el Pingüino iba a salirse con la suya. Definitivamente, la parte más dolorosa fue ver a mi mamá llegar a la comisaría, se veía tan preocupada y enojada, nunca la había visto así, se dirigió hacia mí ignorando lo que decían los oficiales y me abrazó tan fuerte que me dolió. Quedé impactada porque pensé que iba a regañarme en frente de todos, no obstante, después de soltarme se puso a pelear con los Carabineros y el director diciéndoles que no tenían ningún derecho a tratarme así y que su abogado venía en camino a la estación.

—Si le hiciste algo a mi hija... —Apuntó con el dedo al Pingüino, dejando la amenaza en el aire.

—¿Me vas a amenazar en una comisaría? —Se burló el sujeto—. Ya veo por qué esa niña terminó donde está.

—¿Crees que me importa la palabra de un violador?

—el tono frío de mi mamá me dejó impactada—. Ya veremos dónde vas a terminar tú.

Poco después llegaron los padres de mis amigos, los cuales tuvieron la misma postura que mi mamá, estuvieron a nuestro lado durante cada segundo. No tenía idea de cómo iba a terminar todo esto, sin embargo, antes de conocer el desenlace unos ruidos comenzaron a escucharse en el exterior de la comisaría, posteriormente nos enteramos de que eran muchos de nuestros compañeros del liceo, entre ellos se encontraba mi polola, que se había encargado personalmente de alertar de la situación a varios centros estudiantiles de otros colegios de la comuna, así que teníamos bastante apoyo. Se generó tanta controversia al respecto que no les quedó más que dejarnos libres por el momento, aunque estábamos a la espera de una demanda, el Pingüino no iba a dejarnos libres tan fácilmente, pero me daba igual, nosotros tampoco íbamos a dejarlo en paz a él, mientras no hubiera justicia.

Antes de salir y enfrentar a la multitud, mi madre me llevó al baño para que pudiéramos hablar un poco en privado. Ahora que estaba pasando la intensidad del momento pude ver un poco de miedo reflejado en sus facciones no pude evitar sentirme culpable, mi pobre mamá nunca tuvo idea de lo que estaba haciendo a sus espaldas.

—¿Estás bien, hija? —En su voz no había más que preocupación.

—Ahora sí, mamá —reconocí—. Lo siento por haberte guardado esto en secreto, todo pasó tan rápido que no supe cómo manejarlo, tampoco quería que te vieras afectada por mis acciones.

—Obvio que voy a estar afectada —aclaró—. Eres mi niña, todo lo que tenga que ver contigo me importa y me afecta, pero ten claro de que aquí no te equivocaste. Mira, no te voy a mentir, cuando supe sobre todo esto me enojé muchísimo, pero me enteraba más de los detalles y mi enojo comenzó a ser con otras personas, la verdad es que también pensé en mi mamita... estoy segura de que ella estaría orgullosa de ti, hija.

—¿De verdad lo crees?

—Si de algo estoy segura en este mundo es de que siempre estuvo orgullosa de ti. Siempre, jamás dudes sobre eso; te apuesto cualquier cosa a que si aún siguiera con nosotras sería la primera en apoyarte.

—Gracias por decir eso —Sollocé—. Tenía miedo de que ella o tú pudieran odiarme por hacer esto.

—¿Odiarte? Al contrario, Lili, te amo, eres mi niñita linda y siempre voy a estar contigo, no te voy a dejar sola. —Lloró—. Eso sí, me estuviste mintiendo por meses, así que igual te voy a castigar.

Me reí como una niña chica al mismo tiempo que dejaba salir las lágrimas que me había estado guardando desde hacía rato; mi mamá me contuvo el tiempo necesario hasta que pudimos salir a la calle. Mi timidez hizo que bajara el rostro para no hacer frente a la gente de golpe; no alcancé a dar más que un par de pasos cuando nos recibió un sonido agudo. Como estaba muy sensible, mi primera reacción fue de miedo; creí que la gente estaba gritando, pero no fue hasta que mis amigos vinieron a mi lado, sonriendo como locos, que pude darme cuenta de que nos estaban aplaudiendo. Andrea apareció entre la maraña de personas y se arrojó sobre mí, me besó varias veces y lo más raro fue que mi mamá no dijo ni pío. Nadie nos miró mal ni nos criticó; de hecho, nos aplaudieron con más ganas. Nicole aprovechó el momento y nos agarró de la mano a mí y a Oliver; nos hizo levantar los brazos y luego bajarlos como haciendo una reverencia a todas las personas que nos estaban apoyando.

—¡Gracias a todos! —gritó entre la multitud—. Hacemos transmisiones todas las semanas, ¡no olviden escuchar a Error 404 not found!

Risas y aplausos llenaron la calle junto a la comisaría. Llegó al punto en que un par de Carabineros tuvo que salir para hacer que nos alejáramos del lugar. Estaba recibiendo tanto cariño en intensidades nunca antes experimentadas, que comencé a disociarme de nuevo. Aunque no me importaba, honestamente, creo que ese fue uno de los mejores momentos de mi vida; mi pecho ardía de fuego y felicidad, al lado de los mejores amigos que podía pedir, supe en ese momento que jamás olvidaría ese día.

Fue lindo mientras duró

Con el paso de los días tuve mucho tiempo para hablar; había varias personas a quienes debía una conversación. Lo primero fue contarle absolutamente todo a mi mamá; le expliqué el origen de la radio, las cosas que fueron intensificando las transmisiones y la eventual conclusión de nuestra historia. Asimismo, le relaté sobre mis sentimientos, de lo extraña que me sentía al tener que pasar por todo eso, siendo que yo siempre había sido muy callada y tímida. Sorprendentemente para las dos, le hablé de mis sentimientos por Andrea. Quería que supiera sobre mi cariño hacia ella, aunque aquí sí me guardé uno que otro detalle personal. No era necesario que supiera acerca de todo. En un acto de empatía del que no la creía capaz, me dejó en claro que no le importaba con quién yo estuviera siempre que fuera una persona feliz.

Sonreí, pensando que al parecer no era la única en comenzar a rebelarse contra lo establecido.

Otra conversación importante e inesperada fue al día siguiente del último episodio de la radio. Fernanda fue a verme a mi casa; se veía un poco incómoda, aunque percibí que en son de paz. Después de todo el apoyo que me había brindado, habría sido una traidora si no la recibía, así que la hice pasar. Entramos a mi habitación y se quedó mirando algunos de mis libros; conocía varios sobre fantasía e incluso me recomendó uno que otro de los que nunca había escuchado. Me resultaba extraño que tuviéramos cosas en común. Cuando sintió que se dio suficientes vueltas al asunto, se sentó a mi lado.

—Sabes que me caes mal, Liliana —comenzó sin miramientos—. No voy a ser falsa y decir que ahora somos amigas, no lo somos y nunca lo vamos a ser.

—Ya comienzas a sonar como la de siempre —mascullé.

—¡Déjame terminar!

—Mira, Fernanda, si viniste a molestarme será mejor que te vayas —aclaré las cosas de una—. No tengo fuerzas para estas peleas tontas de adolescentes.

—No vine para eso —musitó—, solo quería decir... gracias.

Por un momento sentí como si me hubiera dado una cachetada en la cara.

—¿De qué hablas?

—Sabes de qué hablo. Si hubiera sabido de las cosas que hacían en el colegio, jamás habría estado de su lado. Me da vergüenza haber sido tan ciega; podría haber ayudado a que nada de esto pasara. Por eso quería agradecerte, fuiste muy valiente. La verdad es que nunca me había equivocado tanto con una persona en toda mi vida.

—Gracias —estaba anonadada—. Lo siento, no sé bien qué decir.

—No hace falta que digas nada. No te creas que ahora seremos amigas.

—Ya lo dejaste bien claro —dije con una sonrisa.

Me ignoró y sacó algo de su bolsillo; me di cuenta enseguida de que era la medalla al mejor estudiante del año. No era más que una baratija que entregaban al término de cada año escolar, ni siquiera tenía el nombre del alumno elegido, solo era un reconocimiento simbólico para decir que si nos esforzábamos podíamos conseguir cosas. La verdad es que no me sorprendía nada de que hubiera ganado Fernanda; no era secreto que conseguir ese reconocimiento era una de las cosas a las que aspiraba desde hacía tiempo. Por eso mismo, casi se me cae el corazón al suelo cuando colocó la medalla en la palma de mi mano.

—La mereces más que yo —susurró.

—¿Estás segura? —Me conmovió un poco—. Sé que este premio es importante para ti.

—Es tuya —respondió quitándole importancia—. Salvaste a este colegio y a todas nuestras compañeras; para mí, eso cuenta como la mejor estudiante del año. Además, estoy segura de que la ganaré el año que viene; solo tengo que esperar.

Por un momento nos reímos como si fuéramos mejores amigas de toda una vida; por supuesto, ese momento quedó en mi habitación, ya que en cualquier otro que nos vimos, nos saludamos respetuosamente, pero no entablamos una conversación más allá. Ninguna se sentía cómoda con eso; sin embargo, era bueno saber que, si algo malo llegase a pasar, podíamos contar la una con la otra; era como tener una aliada silenciosa o algo parecido, me gustaba.

Por último, tuve un encuentro con Andrea. Hablamos mucho sobre lo que pasó, de nuestros miedos por la demanda y de lo que nos deparaba el futuro. Sin embargo, lo que más me interesaba saber era acerca de nuestra relación. En un par de meses, ella tendría que irse a estudiar a Santiago. Odiaba la sensación de tenerla lejos de mí. Debió percibirlo en mi mirada, ya que sostuvo mi cara con sus manos y me dio hartos besos, repitiendo entre medio que no me iba a dejar por nada ni nadie.

—¿De verdad no me crees? —decía entre besos—. Estoy loquita por ti, tonta. No te vas a librar tan fácil de mí.

—Ya empezaste con tus frases cliché —murmuré, sonriendo—. Aunque no me molesta que trates de convencerme de esta manera.

—Entonces tendré que seguir haciéndolo.

La relación con mi polola era realmente fantástica. Claro que eventualmente debió irse y nos tuvimos que adaptar a vernos esporádicamente. Fue muy difícil y hubo momentos en que definitivamente quería dar todo por terminado, ya que me dolía bastante no tenerla cerca, pero llegué a la conclusión de que todas las cosas que valen la pena en la vida no son fáciles.

En cuanto al asunto de la radio y el Pingüino, las cosas fueron un poco más complicadas. Tuvimos mucha ayuda del abogado de mi mamá, además de un grupo de estudiantes de Derecho que la misma Andrea contactó para apoyarnos en todo el proceso. Asimismo, teníamos gran respaldo de la comunidad. "Error 404 not found" se hizo tan viral que dentro de poco era el tema favorito de las noticias y los matinales, todos querían comentar sobre los tres chicos que habían remecido a una ciudad entera. Tampoco significaba que nos apoyaran al cien por ciento en la televisión; algunos periodistas encontraban que nuestra forma de informar era muy violenta y podía intensificar más situaciones como esta a lo largo del país, mientras que otros sí nos adoraron y tiraban flores por nuestra valentía de luchar hasta el final. Como decía mi mamá, una no es monedita de oro para caerle bien a todo el mundo; solo me sentía feliz de que nuestro mensaje continuara expandiéndose. Incluso Antonia se me acercó después de un tiempo para decirme que deseaba unirse a nuestra demanda; estaba dispuesta a dar declaración y contar su historia a todo el mundo. Posteriormente, reconoció que la razón de su cambio de idea fui yo y todo lo que generó la radio; se había sentido tan empoderada que consiguió fuerzas para hacer frente a sus agresores.

—No me quiero rendir —me dijo esa vez, claramente emocionada—. Gracias por recordármelo, Lili.

A pesar de contar con el apoyo directo de Antonia y Camila, el proceso de la demanda se alargó por años, y durante este nos terminaron expulsando a mí y a mis amigos del colegio. Aunque honestamente, para entonces, nos importaba bien poco. Conseguimos terminar nuestros estudios dando exámenes libres, para los cuales estudiamos juntos. Pasábamos tanto tiempo

cerca que acabamos convirtiéndonos en algo parecido a una pequeña familia. Un mes después de mi cumpleaños dieciocho, después de años en tribunales, de cientos de testimonios y lucha constante, se llegó a un veredicto. Se estableció que los abusos efectivamente ocurrieron y se condenó al Pingüino y al inspector a diez y quince años de cárcel, respectivamente. La pena que buscábamos era de mínimo treinta y cinco; sin embargo, sus abogados pudieron disminuir esto, lo que nos dejó con un trago amargo, ya que con buen comportamiento podían salir incluso en menos tiempo. No obstante, con mis amigas, lo consideramos un logro. Si bien no fue perfecto, se consiguió justicia y validación para las sobrevivientes.

Algo bonito que sucedió posterior al cierre del caso fue que la municipalidad de San Felipe me nombró hija ilustre de la comuna. Se realizó una pequeña ceremonia en la cual mi mamá lloró al verme sobre el escenario junto a un pequeño diploma como distinción por mi valentía. Antes de la resolución del juicio, nuestra historia solía ponerse en duda por muchos medios, aunque contábamos con el apoyo de la gente joven; siempre existían grupos que nos criticaban. Sin embargo, después del veredicto y de la distinción que me otorgaron, muchos medios rectificaron sus dichos; nuestra historia llegó hasta las portadas de los diarios. Al fin todo había terminado.

Al vernos libres de todo esto, por fin pudimos continuar con nuestras vidas. Mis amigos siguieron con sus estudios superiores. Fue muy triste dejar de vernos tanto, pero sabíamos que el lazo que nos unía jamás iba a romperse, sin importar la cantidad de tiempo que pasáramos juntos. Oliver fue el primero en ser aceptado en la universidad pública de San Felipe, en la carrera de Ingeniería en Informática. Como se la pasaba todo el tiempo con la cabeza metida en los libros o en el computador, no hablábamos mucho, pero sabía que le iba excelente en las calificaciones. Además, contaba con fama entre sus compañeros por haber sido parte de nuestra radio; estoy segura de que eso lo hacía feliz, aunque definitivamente ya no era un anonymous. Respecto a Nicole, se fue a vivir a Santiago, lugar donde entró a estudiar Marketing en una universidad pública. Me parecía una carrera adecuada para sus habilidades, no tenía dudas de que le iría increíble. Aunque lo mejor fue que comenzó a capitalizar el haber participado en la radio; dentro de poco se convirtió en una YouTuber con un gran número de seguidores. La gente la adoraba y no podía culparlos, mi amiga siempre había sido muy extrovertida y divertida.

Por otro lado, Andrea y Karen entraron a estudiar Derecho en la Universidad Nacional, una de las más prestigiosas del país, aunque en palabras de mi polola ese título no era tan diferente a que un colegio se apodara como de excelencia. En su primer año, consiguió ser la presidenta del Centro de Estudiantes de su generación, donde siempre abogó por los derechos estudiantiles con un enfoque feminista. Mientras tanto, Karen organizó un club de género y deconstrucción que se dedicaba a capacitar a profesores sobre mujeres y disidencias.

Antonia se dedicó a viajar por distintas ciudades del país contando su historia para ayudar a concientizar sobre los abusos y entregar herramientas a personas que estaban pasando por lo mismo que ella. Con el tiempo, se convirtió en una activista nacional muy reconocida. Me alegraba saber que había transformado lo horrible que le sucedió en algo bueno; muchas veces me dijo que siempre existiría el dolor por los abusos, porque estas heridas no se borran con el tiempo, pero con su nuevo trabajo, había conseguido encontrar tranquilidad en su corazón. La admiraba mucho y nos habíamos vuelto grandes amigas; siempre que podía, me escapaba para ir a visitarla, supongo que ambas teníamos claro que se había forjado un vínculo entre las dos.

Yo decidí darme un tiempo antes de entrar a estudiar. Después de tantos años luchando por obtener justicia, necesitaba un descanso, así que me enfoqué en mi libro. Cuando el tema de la

radio y el colegio estaba en boca de todos, una editorial se me acercó para ofrecerme publicar mi historia. En su momento lo rechacé, sin embargo, ahora que me sentía más libre, al fin había aceptado el ofrecimiento. Estaba tan feliz que andaba por mi casa saltando en una pata; ser escritora era uno de mis sueños de niñez, y ahora podía comenzar a hacerlo realidad. Afortunadamente, había superado el mal de la endemoniada página en blanco, y ya tendría tiempo para enfocarme en mis estudios más adelante.

A veces me costaba creer que todo esto había sucedido gracias a una pequeña radio online que tuvo su origen en conversaciones sin sentido de adolescentes. Jamás se nos pasó por la cabeza causar este tipo de revuelo, pero la vida nos dirigió hacia esta situación y la manejamos como pudimos. Algo gracioso es que después de lo sucedido, muchos alumnos alrededor del país comenzaron a organizar sus propias radios online, todas con enfoques diversos, pero siempre abogando por los derechos de los estudiantes chilenos. Sin duda, eso fue muy impactante; sentía haber contribuido a cambiar el mundo y hacerlo un poquito más justo. Sin importar cuánto tiempo pase, nunca olvidaré esos años ni a las personas que me cuidaron y quisieron. Incluso con todos los problemas que debimos enfrentar, fue por lejos una de las mejores épocas de mi vida.

—Listo —suspiré, cerrando mi laptop—. Al fin terminé.

—Espérate cuando ese libro se publique —Andrea me abrazó por detrás—. Vas a ser incluso más famosa de lo que eres. Todos van a querer leer tu perspectiva del asunto.

—Eso espero. —La abracé de vuelta—. Nunca pensé que mi primera novela sería una biografía. Es un poco extraño después de pasar gran parte de mi vida escribiendo sobre ciencia ficción y fantasía.

—Bueno, hay algo de fantasía en cómo las cosas se fueron dando —comentó Andrea—. También lo veo en el cariño de la gente hacia ustedes. Piensa que, si bien yo no estuve involucrada directamente, siempre me hacen preguntas sobre la radio, quieren conocer detalles y esas cosas.

—Solo espero que a la gente le guste —confesé.

—Estoy segura de que les encantará. —Sonríó—. ¿Escribiste todo tal como sucedió? ¿No te dio por exagerar?

Sonreí ante su ocurrencia. Una que otra vez había mencionado mis ganas de tratar de embellecer lo sucedido o de modificar las partes en que tuve miedo para así verme más como una chica valiente e intrépida que estaba dispuesta a todo con tal de lograr su objetivo; sin embargo, eso habría sido una maldita mentira porque hubo muchas situaciones en que me sentí demasiado cobarde. Mientras escribía, decidí ser honesta y mostrar aquellos momentos de vulnerabilidad; al fin y al cabo, eran parte de mi historia. ¿Y qué sentido tendría mentir en mi biografía?

—Fui tan honesta que siento como si mi alma estuviera escrita en estas páginas —le aseguré—. Pero sí dejé más o menos resumido el revuelo que se originó después del último golpe. Esa parte de la historia ya la conocen todos los que tengan una televisión y hayan estado mirando un matinal durante esos años. Además, nunca fue lo verdaderamente importante para mí.

—En ese caso, no tienes nada de qué preocuparte

—opinó Andrea—. A la gente le gusta el cahuín y tu historia de revolución cuenta con bastante enganche para las nuevas generaciones. Al final, ¿pudiste decidirte por la dedicatoria? Sé que tenías dudas sobre si poner a tu mamá o a tu abuela.

—Sí, tomé una decisión —dije con una tímida sonrisa a la vez que sacaba una libreta de mi escritorio. La sostuve en alto y le enseñé lo que tenía escrito en la primera página:

Dedicado a todas las mujeres sobrevivientes, son el fuego que otorga vida a mi corazón.

Agradecimientos

A mis amigas Sakura y Cindy, quienes fueron un pilar fundamental para motivarme a escribir, no lo habría conseguido sin ellas. También agradezco a Constanza Riffo y a Lysandro Rider por el trabajo que hicieron con la portada; sé que invirtieron mucho tiempo, dedicación y cariño.

No puedo dejar de mencionar a mis queridos amigos, Nicolás Gremory y Marlo Norware; sus consejos fueron importantes, especialmente en mis momentos de duda.

A la pequeña Sophie, quien vino a cambiar mi percepción completa de este mundo, sin la cual esta novela no existiría. También le agradezco mucho a Clara, quien me enseñó mucho sobre cómo escribir.

A mis hermanas, Carolina y Paula, gracias por ser parte de mi vida; las quiero mucho.

Por último, deseo agradecer a mi mamá y papá por su cariño incondicional tanto en mis mejores como en mis peores momentos. Los amo con todo mi corazón.